



HELENA LAGO,
ME ALQUILO PARA EL 14 DE FEBRERO

Me alquilo para el 14 de febrero

Helena Lago

Me alquilo para el 14 de febrero

Diseño gráfico de portada: Emma Mars

Fotografía de portada: Helena Lago

Internet:

Email: helenalagodice@gmail.com

Blog: helenalago.wordpress.com

Facebook: [HelenaLagoEscritora](https://www.facebook.com/HelenaLagoEscritora)

© Helena Lago

Todos los derechos reservados

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente prohibidos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler de la obra o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

AGRADECIMIENTOS

A Emma, que un día me dijo “lo quiero todo contigo” y vinieron las luciérnagas. Me ha llevado treinta y un años encontrarte pero ¿y qué?

A mis padres, que llenaron mi niñez de museos, cuentos, ternura y música, y valoraron siempre (son mis padres, ¿qué van a decir?) mi pasión absoluta por la escritura. Creo que son el mejor espejo de todos.

A Celia, por todas las veces que estuvo ahí como si nada. Por todas sus voces con o sin guitarra que siempre dicen: vamos a volar.

A Carol, que ha sabido quedarse conmigo.

A María, por haberme querido durante tantos años dejando siempre lo que estuviera haciendo para leerme.

A Clara Asunción García, por obligarme a saltar y ofrecerme un cariño incondicional de esos que se extienden en el tiempo (tenemos un trato). Gracias por regalarme el mar cuando más lo necesitaba.

A Susana, por arrojarme luz en cualquier tipo de tormenta.

A Ego y a Furo, por su inocencia. Y a Luna, por llenar mi vida de estrellas.

PRÓLOGO DE EMMA MARS

De enhorabuena

Helena Lago nunca deja de sorprenderme. Es una de esas personas que esconden sueños en el puño de la camisa para lanzártelos cuando menos te lo esperas. Una de esas personas mágicas con las que empiezas hablando de cómo auto publicar un libro en Amazon y acabas queriendo unir tu vida a la suya para siempre, de cualquier manera, en cualquier punto del planeta. Así es ella.

El otro día nos estábamos tomando un café y debatíamos... no sé de qué, de veras ni lo recuerdo. Creo que hablábamos de la tormenta que había sacudido su Sevilla natal esa mañana, que nos despertó a todos sin aviso previo. Estábamos charlando sin ningún otro propósito que pasar el rato cuando, de pronto, entre un sorbo y otro, me dice sin venir a cuento: “Escríbeme un prólogo”. Y lo dice como quien pide otra ronda o la cuenta al camarero. Me dieron ganas de apuntarme el pecho con el dedo y preguntarle: “¿A mí? ¿Lo dices en serio?”.

Confieso que no tengo ni idea de cómo se escribe un prólogo. Ni soy una erudita en el tema ni he tenido antes el privilegio de asomar mis palabras entre las de otra escritora. Me encantaría saber las pautas a seguir para hacer justicia al compendio de relatos que tenemos entre manos, aunque mucho me temo que, para hacerlo, tendré que dejarme guiar por el corazón y no por un simple manual de instrucciones.

Lo primero que hay que saber de Helena Lago es que estamos ante una autora que no aporrea el teclado, sino que baila sobre las letras como si ellas fueran un precioso lago sobre el que estuviera a punto de deslizarse con unas cuchillas perfectamente afiladas. Sus relatos llenos de luz desprenden una sensibilidad como pocas veces he visto en otras autoras. Una sensibilidad que, huelga decirlo, es marca de la casa, porque Helena no solo impregna su obra con ella sino que lo hace también con absolutamente todo lo que toca. Es como si su corazón estuviera directamente conectado a las yemas de sus dedos y cuando escribe no sale de ellos una simple concatenación de palabras, sino una especie de pentagrama de los sentimientos. Sus personajes femeninos son reales y vulnerables. Los hay frágiles como el diente de león que está a punto de ser arrastrado por el viento y fuertes como las raíces de

un árbol. Helena pinta y colorea a todo tipo de mujeres cada vez que se sienta a escribir y lo hace de tal manera que cualquier persona que la lea se sentirá íntimamente conectada a las emociones de sus personajes.

Tras haber leído los relatos que componen *Me alquilo para el 14 de febrero* y otros tantos que están por venir, no me cabe ninguna duda de que estamos ante una de las voces más delicadas y preciosas de la literatura española contemporánea. Un secreto muy bien guardado que se nos presenta con esta antología de relatos y que estoy segura de que, en el futuro, nos sorprenderá con obras igual de preciosas. El mundo LGBT está de enhorabuena por contar con ella entre sus filas. No. Miento. Me atrevo a decir que el mundo, en general, celebrará su puesta de largo en la literatura. Y yo tengo además la suerte de compartir mis días, sueños, planes y vida con esta magnífica autora.

Pasen y lean.

Emma Mars

Instrucciones para querer a Amy Gibson

El teléfono no para de sonar y aún estoy sentada en la terraza decidiendo si responder o no. Seguramente se trata de mi amiga Caroline que, como es domingo, se aburre y necesita desconectar un rato de Peter y los niños. A veces me siento utilizada por ella, cuando tuvo a sus hijos quiso centrarse exclusivamente en su maternidad y experimenté una absurda sensación de abandono, pero suele llamarme semanalmente para saber cómo estoy, aunque siempre habla ella.

Caroline es morena, tiene un fuerte temperamento y a menudo es mejor no llevarle la contraria, decirle que sí a casi todo y seguir pensando lo que pensaba antes de hablar con ella.

Nos conocimos en unos grandes almacenes cuando apenas teníamos catorce años. Ella, aunque pertenecía a una familia adinerada, había robado un pañuelo de seda y pude verla hurtando aquella prenda preciosa e inalcanzable para nosotras.

No quise delatarla, pero Caroline se percató de mi presencia y mantuvo su mirada azul sobre mis ojos oscuros. Noté que estaba midiendo mi lealtad, estaba retándome. Me di media vuelta y salí del establecimiento sin decir nada. Al cabo de unos minutos advertí sus pasos detrás de mí, me agarró del brazo y quiso invitarme a un polo de limón. Qué tontería. Pese a que no me fiaba de alguien como ella, accedí educadamente. Para mí aquel verano estaba siendo largo y aburrido, qué más daba compartir un rato con aquella desconocida. Fue su manera de agradecerme el silencio.

A partir de aquella tarde nos hicimos amigas. Las mejores. Quizá porque ella siempre me necesitaba, mi templanza y mi prematura madurez contrarrestaban su alocada tendencia a desobedecer las normas de los adultos. Ella siempre se reía de mi gusto por la música clásica o por la poesía. A mí no me importaba, sabía que en el fondo me quería a su manera.

Pero no me apetecía cogerle el teléfono. Escuchar sus problemas maritales de nuevo, asegurándome que esta vez piensa divorciarse de Peter porque no la escucha lo suficiente, o que repita que sus hijos crecen demasiado deprisa. En un día como hoy, podría deprimirme profundamente.

También es posible que se trate de Jack. Puedo imaginármelo muy bien, sosteniendo un cigarrillo entre sus labios, su esposa cocinando cualquier plato complicado a esas horas para hacerle muy feliz y la televisión encendida, como siempre. Jack habría terminado de leer por cuarta vez el

periódico y querría pasar el rato conmigo. Me invitaría a tomar algo en el centro, por supuesto él se ofrecería a recogerme en coche y yo declinaría su oferta porque prefiero ir andando.

Insistiría en que nos viésemos en esa cafetería del hotel que hace esquina y yo terminaría cediendo, incluso podría llegar a emocionarme y abriría el primer cajón de la cómoda del dormitorio para elegir mi ropa interior. La ilusión me duraría unos cinco minutos; al cabo de ese tiempo, volvería a sentirme vacía y culpable por no haberme negado en rotundo.

Jack trabaja conmigo en una galería de arte de las afueras de la ciudad, yo cobro menos que él, trabajo más horas que él y aún así todas las acabamos sonriendo amablemente cuando aparece a las once de la mañana para preguntarnos por las piezas que se han vendido.

A fin de cuentas, él es el encargado de que aquello funcione, y como relaciones públicas es bueno. Pero no lo soporto cuando frunce el ceño, fingiendo que está a punto de decir una frase legendaria y termina soltando una carcajada y una estupidez al mismo tiempo. Rara vez tolera que otra persona tenga una opinión diferente a la suya, o que una mujer sepa de algún tema con mayor profundidad que él.

Empezamos a acostarnos hace tres meses y medio. La primera vez estaba borracha, nunca bebo y esa noche en aquella fiesta ingerí más alcohol del que mi cuerpo admite. A partir de aquel día, él me mira con sus ojos enormes de lobo y me suele decir:

—Guardaré este secretito nuestro siempre y cuando me prometas que volveremos a vernos. Por favor, por favor —y junta sus manos como implorando.

Aquellas formas suyas tan manipuladoras e infantiles me ponían enferma, pero aún así iniciamos una relación más o menos estable, que consistía en tardes o noches de hotel, y conversaciones espontáneas por teléfono cuando su mujer estaba entretenida.

Desde que empecé con él mis compañeras del trabajo aseguran que estoy deprimida, y en cierto modo llevan razón, aquel contacto con Jack me entristece muchísimo.

Pensé en mi madre. Pero mi madre no me llama los domingos porque va al club con sus amigas y cena en casa de mi hermano. A ella le gustan los domingos mucho más que a mí y desde que me independicé, parece guardarme un extraño rencor por haberla dejado sola. Siempre ha sido un

poco egoísta pero los años han ido acentuando esta particularidad suya y a veces puedo llegar a detestarla.

Nunca pregunta directamente por mí, finge no sentirse interesada por mi vida sentimental ni laboral, tampoco se alegra cuando me ascienden o cuando me enamoro fugazmente de alguien. Una vez mantuve una relación con un chico maravilloso que se llamaba Paul y no quiso conocerlo en ningún momento. No se negaba, ella nunca dice las cosas que piensa para evitar mi enfado, prefiere ignorar sencillamente el hecho de que comparta mi vida con alguien.

Paul me llenaba de flores la casa, incluso vivimos juntos, y fueron los nueve meses más bonitos de mi vida. Durante todo ese tiempo mi madre apenas llamaba, y las pocas veces que conseguía hablar con ella se mostraba distante. A Paul le destinaron a Japón y no pude acompañarle, la distancia nos afectó más de lo que pensábamos en un principio y ahí terminó nuestra historia. Fue entonces cuando mi madre, después de mucho tiempo, cogió un tren para venir a verme, me abrazó de un modo protector y casi diría que posesivo, y me invitó a volver a casa, decía que me echaba de menos y que allí tenía a mi verdadera familia. Rechacé su invitación, dolida y enfadada, pero me mostré serena y pasamos un fin de semana en mi apartamento, yo francamente abatida por Paul, y ella relatando sus dolencias varias.

¿Y si fuese Eileen?

Avancé rápidamente hacia el teléfono pero en ese momento dejó de sonar. Mi desazón fue tal que me dejé caer sobre el sillón. Eileen es la única persona a la que no espero, y sin embargo, la que más necesito en este momento. La imagino sentada sobre la moqueta pintándose las uñas de los pies, con un libro junto a ella y una taza de té, sosteniendo el auricular con la barbilla, tan bonita como siempre.

Eileen es una chica de mi edad, no entiende mucho de arte pero siempre se deja caer en la galería para hacerme muchísimas preguntas. No sé cómo hace para resultar tan entrañable, y dónde se compra esos vestidos tan bonitos.

Hemos tomado café muchas veces en una pastelería que hay a escasos metros de mi trabajo, ella me mira atentamente, hablamos de todo aquello que realmente importa y he descubierto que es una persona muy sensible.

Hace algunos días soñé con ella y me sentí azorada porque en el sueño ella me robaba un beso perfecto en la comisura de los labios y a mí me

gustaba.

Mi vida estaba llena de gente conocida con la que salir a tomar una copa y subir nuestras fotos a las redes sociales. Todos necesitaban demostrar que tenían amigos o gente con la que salir a tomar algo, todo mi entorno quería asegurarse de que incluso auténticos desconocidos sabían que ellos tenían amigos. No me importaba salir en aquellas fotografías y ser etiquetada, pero me resultaba muy triste esa imperante necesidad de todo el que me rodeaba de estar conectado intermitentemente a un teléfono móvil o a una red social, para cambiar cada quince minutos su estado en el teléfono o expresar con una ironía rápida de menos de dos líneas un pensamiento absurdo.

Eileen no es nada de eso. Es joven, perfecta, inteligente e independiente. A ella no le importan las redes sociales ni lo que personas desconocidas pueden decirle. Ella aseguraba tener tres amigos del alma. Uno era músico, otro maestro y el último un perro de cuatro patas que la seguía con devoción. No tenía muchos amigos, pero decía que ninguno de ellos utilizaba mensajes de texto para saber cómo estaba, ella prefería mirarles a los ojos.

Eileen tenía una personalidad arrolladora, no pasaba desapercibida y poseía un don natural para encandilar a cualquier ser humano con un sencillo parpadeo. Todos se enamoraban de Eileen, pero a ella no le bastaba cualquiera, elegía con cuidado a cualquier individuo que entrase a formar parte de su vida.

Yo me enamoré de ella como el resto de los mortales, al principio no fui consciente, pero cuando lo supe no pude parar de reír de felicidad.

No le he dicho nada para que no se asuste pero estoy convencida de que Eileen siente lo mismo por mí. Estoy cansada de Jack, de mis amigos y de mi madre, los metería a todos en un avión durante un tiempo prudencial, el suficiente para vivir lo que deseo vivir con Eileen.

Debería ser más arriesgada. Llamar a Jack para decirle:

—Te dejo.

Llamar a Caroline para decirle:

—No vuelvas a llamarme en domingo, y escúchame a mí, para variar.

Llamar a mi madre para decirle:

—Tienes que aprender a quererme generosamente.

Llamar a Eileen y susurrarle:

—Te quiero.

Pero no en ese orden.

Y vas y me dejas

Aquello no era ponerle los cuernos ni quería decir que echase de menos a Berta. Me había equivocado de nombre. Quise decir Marta y en su lugar pronuncié Berta. Ahora Marta permanecía tensa, abrazada a sus rodillas, distante. Nos observábamos en silencio.

—Acabas de llamarme Berta, lo sabes ¿no?

Asentí avergonzada. Quería decirle lo-siento-no-volverá-a-pasar-sabes-que-te-quiero. No dije nada de eso, me quedé mirando las sábanas que esa mañana habíamos puesto juntas mientras se hacía el desayuno.

—¿La echas de menos? —preguntó.

Sí, pensé, un poco, a veces. Porque Berta era la luz y el movimiento. Tú, Marta, eres películas y mantas, tazas de té, cocinar juntas a las nueve de la noche, hablar de vez en cuando de algún programa de la televisión, hacernos el amor con pausa, dormir abrazadas, eres boda e hijos, ternura, calma, besos en la mejilla. Berta era como las cerillas a punto de prender, la ilusión, el no decirnos “basta”, la desproporción, el sexo contra la pared, besos en el cuello, el hartazgo de no poder seguir su ritmo, la mujer imposible, hablar de política, tazas de café y copas de vino, el miedo, el dolor, sentirme sola después de follar.

¿Qué hago?, pensé. ¿Echar a correr escaleras abajo? ¿Buscar a Berta, que estará en su cama con una amante diferente? ¿Decirle que vuelva conmigo y que añoro su modo de hacerme daño desequilibrándolo todo siempre? ¿Pedirle que cambie y se convierta en una mujer madura, salvaje pero responsable? O podría quedarme con Marta, rezar para que me quiera como me quiso Berta, a mordiscos, esperar a que se encienda dos veces al mes y me diga que quiere hacer el amor.

—Contéstame, por favor. ¿La echas de menos?

—No —mentí.

Entonces, no sé cómo lo conseguí, pero decidí quedarme sola, al menos por un tiempo. Ella hizo las maletas y algún que otro comentario sin acritud. Nos abrazamos sin decir nada. Cerró la puerta suavemente, como los ladrones cuando caminan de puntillas. Me acordé de la ruptura con Berta, me gritó *zorra, con lo mucho que te quiero y vas y me dejas*. Así lo dijo, en plena Gran Vía, y se apartó el cabello para mirarme con odio y soltarme una buena bofetada. Ahora todo aquello me hacía gracia.

Vencejos a punto de llorar

Está nerviosa. Parpadea repetidas veces, trata de mirar por la ventana. Ha llegado el buen tiempo. Se nota. Los vencejos han vuelto, inundan el cielo con sus alas extendidas y su forma de piar.

—¿Señorita? —dice un tipo alto.

Ella sigue mirando por la ventana. Como si no estuviera allí.

—Señorita, por favor —le pide, y carraspea.

—Disculpe, no le había oído entrar —dice ella.

Se observan mutuamente, en silencio. Él parece incómodo, asustado. Ella sonrío con tristeza, como diciendo: soy inocente.

—Señorita Poe, ¿no es así? —duda el hombre, fingiendo leer unos documentos.

—Así es.

—Nacida en Irlanda, por lo que parece, ¿no? —levanta los ojos un segundo.

—Sí, en Dublín.

—Por eso es pelirroja —afirma sin emoción.

—Puede ser, sí.

—Nació en el año mil novecientos... Mil novecientos ochenta y tres, tengo entendido.

—Exacto. En primavera.

—Ajá. Va a cumplir años muy pronto, señorita... Señorita Poe.

—Eso me temo—dice, y se gira un momento para mirar por la ventana.

—¿A qué se dedica?

—¿Ahora mismo? Miraba por la ventana —confiesa tranquila.

—Profesión, señorita. ¿Cuál es su profesión?

—Actriz. Aunque trabajo en muchas cosas. Pero soy actriz.

—¿Cine o televisión?

—Teatro.

—No me gusta el teatro. Mi mujer, que se llama Dolores, siempre quiere que la acompañe, pero a mí, no sé, a mí me aburre —le comenta el hombre, mirándola fijamente.

—Bueno, ¿qué puedo decir? Quizá debería ir con ella en alguna ocasión. A veces es necesario ceder —le sugiere la señorita Poe.

El policía no tiene ganas de discutir. En realidad, no tiene ganas de

casi nada últimamente. Mantiene un gesto inánime.

—Y, dígame, señorita Poe, ¿de qué se le acusa? Cuénteme.

—Robo.

—¿Reconoce usted haber robado algo, entonces?

—Sí.

—¿Qué ha robado, señorita, exactamente?

La sala, en ese momento, se ilumina por los últimos rayos de sol, que caen sobre el cabello de la señorita Poe.

—He robado un corazón.

—¿Puede ser más explícita?

Ella se acomoda en la silla, tratando de buscar las palabras.

—Creo que era miércoles. Sí. Fue miércoles. Venía muy cansada, eso lo recuerdo muy bien porque apoyé la cabeza sobre la ventanilla del tren. Viajaba desde Madrid a Sevilla, unas dos horas y media, supongo. Había hecho un casting en una sala muy pequeña de Malasaña, no sabía si me elegirían o no.

—¿Le importaría ir abreviando su relato, señorita? —pidió mirándose el reloj.

—Entonces sucedió. Apoyé mi cabeza sobre la ventanilla, los campos de amapolas, los olivos, los pueblos y algunas ciudades, pasaban a toda velocidad, no podía retener el paisaje. Comencé a sentirme muy mal. Mareada. Triste. Pensé en George, en sus manos huesudas recorriéndome el cuello, en la forma en la que me mira cuando voy a hacer un casting, como diciendo: “Te acordarás de mí cuando te advierto que no serás guapa para siempre”.

En sus palabras de amor mediocres, en nuestra pasión recalentada en el microondas, en sus caricias autómatas, en el vacío, en lo predecible que era nuestra relación. En su deseo de tener hijos conmigo. En mis ganas de dejarlo.

—¿No quería tener hijos con su pareja, señorita Poe? —pregunta él, incrédulo—. ¿Por qué?

—¿Y por qué debería quererlos?

—¿Entonces tomó la decisión de convertirse en ladrona?

—Entonces la vi a ella. Leía unos cuentos de Jane Austen, y no parecía importarle que el paisaje corriese a toda velocidad a su izquierda. No pude evitarlo. Tuve que robarle el corazón. Quería saber qué se sentía.

—¿Y cómo se sintió?

—Como esos vencejos —dice, señalando hacia la ventana—. Libres. Fue como volar en primavera. Como volver del invierno. Me sentí como ellos, incapaz de pisar el suelo. De pronto cualquier cosa, como dormir, hacer el amor, comer o cantar, podía hacerlo en el cielo —sigue mirando a través de los cristales.

—¿Y no piensa devolverle el corazón a la mujer que leía los cuentos?

—No. Ella no quiere. Está feliz así. Conmigo.

—¿Entonces? ¿Quién le acusa?

—Desde luego, ella no. Me acusa George. Fíjese qué tontería. El corazón de esa joven no le pertenece a él, en absoluto, y aún así me acusa.

—Se siente herido. Estará enfadado.

—Y no sabe cuánto lamento que él sufra. Es un buen hombre. Pero yo no merezco ir a la cárcel.

—Oh, desde luego que no, señorita Poe. Puede irse a casa.

Ella se levanta, despacio, y sonrío al policía. Antes de abrir la puerta, recoge su bolso y el fular dejando intencionadamente, la chaqueta sobre la silla, porque ya no le hace falta, se nota que va llegando el buen tiempo.

Quimera

Cada tarde a las seis y veintidós huele a café recién hecho. Una luz tamizada se desliza sin permiso y alumbra tenuemente la estancia. Irene se revuelve en su sofá de piel, observa el baile tranquilo del líquido contenido en la taza humeante y se recuesta sobre los cojines. Nunca recuerda dónde los compró, tan discordantes con el resto de la sala, y al mismo tiempo, tan cómodos. Toma el libro. Le tiemblan las manos.

Todas las tardes desde hace una semana, realiza rigurosamente esta cadena de pequeñas acciones. Acaricia el lomo del libro, lo abre con suavidad y va a la página 67. Lee algunas líneas y cierra los ojos.

Y entonces sucede. Una especie de leve terremoto hace caer sus cuadros y la jarra de agua que dejó olvidada sobre la encimera de la cocina. Escucha cómo algunos objetos se precipitan contra el suelo, cómo se despiezan. No le importa.

Abre los ojos y la encuentra sentada en el sillón. Se miran despacio.

Hablan sobre poesía y cortan un trozo de pastel de manzana que dividen para las dos. Se miran muy fijamente a los ojos. Y se acompañan.

Lleva años enamorada de la protagonista de ese libro, la primera vez que lo leyó tenía catorce años y quedó aturdida por su enigmática figura. Hace una semana cumplió los dieciocho y, desde entonces, se le aparece el personaje cada día. Ahora ya no es menor de edad, y pueden conocerse sin el menor reparo.

Susana mira el reloj que abraza su muñeca izquierda. Qué rápido pasó la tarde. Como siempre desde que Carol la visita. Son ya las ocho en punto, en menos de dos minutos ella se levantará y avanzará con pasos silenciosos hasta el balcón, desde donde echará a volar hasta desaparecer en la neblina de las noches de noviembre. La primera vez que lo hizo, Susana se asustó. Pero ya no se sobrecoge, Carol se va en el ocaso con la misma magia con la que reaparece al día siguiente.

Aún quedan dos minutos. Ciento veinte segundos. Vuelven a quedarse suspendidas en un mutis afable. Se contemplan sin prisas. Se estudian sin presión. Las palabras se concentran en la retina de Irene, tiene tanto que decirle... Pero no hace falta.

Carol dice:

—Un minuto y medio, me queda un minuto y medio. Acércate.

Susana obedece. Se besan pausadamente.

Se les escurre el tiempo.

—¿Volverás mañana? —susurra la joven.

La protagonista de la novela se comporta como tal, con aires de grandeza, y se encoge de hombros, misteriosa y etérea, dejando una estela de dudas y sueños a su paso, dejando el corazón de Irene correteando por una sala de estar ensombrecida, ante la caída de la noche.

Si pongo mi dedo sobre la esfera del mundo

Observo el modo en el que la gente camina silenciosa por la calle Nanjing, la más comercial de todo Shanghái, y siento una fuerza, dolorosa, que me presiona en el centro del pecho. Como un dedo gigante que me señala hasta derribarme.

Todos tienen prisa, no sé a dónde quieren llegar. Me dan ganas de decirle a alguien:

—Disculpe, ¿dónde va?

Probablemente se encogería de hombros, mirándome con sorpresa, y retomarían su ruta, sus obligaciones.

A veces, sentada en el banco, los miro e imagino que son actrices y actores que fingen ir a alguna parte para desconcertarme.

—Tienes que poner de tu parte —me ha dicho Huan Yue esta mañana.

Y no he sabido qué responderle. Ella está acostumbrada a esto supongo, ha nacido aquí, entre luces fluorescentes, rascacielos y gente silenciosa.

Me ha mirado como si me viese por primera vez. Creo que se me escapa la tristeza por la boca, por los ojos, por las manos.

Abandono la calle Nanjing, y busco el modo de llegar a la zona de Pudong, el distrito financiero de Shanghái, donde he quedado con un conocido de Huan Yue, para que me haga una entrevista. Antes, en España, era bailarina y danzaba de alegría por las habitaciones de mi casa, siempre rodeada de luz natural. Aquí no hay sitio para eso, la luz es artificial y tengo que trabajar de otra cosa, en la planta veinticinco, conectada a un móvil todas las horas de mis días. Eso, si consigo que me contraten. La verdad es que aquí hay una gran oferta laboral. Eso sí, nadie queda para unas cañas después de un largo día. Nadie me pregunta cómo me siento.

—Es usted muy guapa —me dice el hombre que va a entrevistarme.

Desvío la mirada, me incomoda un poco, aunque es lo más afectivo que me han dicho en los seis meses que llevo aquí. Involuntariamente retuerzo un mechón de pelo que cae sobre mi ojo izquierdo, es lo que suelo hacer cuando me pongo nerviosa.

Me hace algunas preguntas, entretanto pide unos *baozis* rellenos de carne, para los dos, sin tener en cuenta lo que desearía tomar yo, que soy vegetariana. Así que miro a la camarera a los ojos y le pido, en un chino

mandarán ligeramente mediocre, tofu a la plancha con salsa de soja y una ensalada de arroz.

Para beber, agua embotellada. Él, vino blanco.

Mientras me entrevista, me analiza rigurosamente. Es inexpresivo, y mantiene la espalda y el cuello rígidos, como si nada pudiese apasionarle.

—Debe disculparme si la he citado en un lugar como este, aunque siendo usted española tal vez no le importe.

—No se preocupe, está bien.

—Creo que puede trabajar conmigo, me gusta que sea casi rubia, que se pinte las uñas de rojo, que tenga una boca sensual, no sé, un poco bajita para mi gusto, pero está delgada, tiene un aspecto muy agradable para mí.

—Perdone, ¿qué pretende que haga? No voy a ser su acompañante, me dijeron que el trabajo consistía en organizarle su agenda. No sé si me ha entendido... —digo, pensando en chino y en español.

Muerdo mi labio inferior, porque estoy enfadada y no puedo expresarme libremente en mi lengua materna. No puedo decirle cabrón, ni gilipollas.

Él me observa impasible y se seca la boca en una servilleta que guardaba en su regazo. Ahora no desvió la mirada, la mantengo, como si estuviésemos en guerra.

—Yo tengo que alegrarme la vista, señorita, trabajo catorce horas de lunes a domingo. Pensaba que las españolas eran más... divertidas.

Me levanto. Recojo el bolso.

—Lo siento, siento mucho no ser lo que usted esperaba, pero no me interesa el empleo.

Y salgo.

—Huan Yue, tu amigo es un sinvergüenza —le cuento por el móvil, mientras busco un taxi que me lleve a la casa del té—. No, le he dicho que no me interesa, ¿qué quieres que haga? —Siento que voy a romper a llorar.

Huan Yue decide reunirse conmigo y tomar el té juntas. Parece preocupada.

—No quiero verte tan triste —susurra y me acaricia la mejilla.

Siento un leve rubor, pero la tristeza se sobrepone a mi repentina excitación. Huan Yue nunca me toca con las manos, ni habla con el corazón en la boca.

—No sé qué hago aquí, no termino de encajar.

Me mira con sus ojos rasgados rebosantes de ternura. Tomamos té, le cuento que por las noches me siento desconsolada cuando observo desde mi habitación el rascacielos de enfrente, lleno de oficinas. Cientos de ventanas minúsculas, que se encienden y apagan, como si el edificio tuviese un corazón, que palpita y se ilumina, parpadeante, atrapado en su interior. Le confieso que esa imagen me entristece, que yo soy así, pura pasión por compartir, y que en Shanghái me siento siempre desconectada, como si las personas fuesen dentro de unas burbujas independientes.

Suena, de pronto, una canción de Paco de Lucía. A los chinos les encanta el flamenco. A mí nunca me ha gustado, a pesar de ser andaluza. Pero llevo el ritmo en las venas, y toco las palmas, despacio, cierro los ojos, recuerdo las playas de Huelva, de Almería, de Cádiz, las azoteas blancas, los recitales de poesía, las gitanillas colgando del balcón de mi abuela, el olor a azahar, el fresquito de las noches de septiembre, las tapas en la Alameda, la ropa tendida, el parque María Luisa... Siento que estoy allí, otra vez.

Huan Yue me besa. Es un beso lento y delicado.

—¿Por qué viniste aquí? —me pregunta.

—Te diría que porque soñé contigo una noche, y vine a saber si existías, dicen que tu media naranja puede estar en cualquier parte del mundo. No lo sé, soy así, Huan Yue —le digo, llevándome la mano al corazón.

—Y ha sido lo mejor que has hecho. Soy muy feliz. Aún tengo que aprender a quererte, dame tiempo —me pide, dibujando círculos en la palma de mi mano.

Los acordes de Paco de Lucía llenan toda la habitación. Tamborileo mis dedos en la mesa, sin poder remediarlo.

—Creo que necesito volver, echo de menos cada centímetro de Sevilla. El sol. La gente. La risa. Las bicicletas. La libertad. Las horas de ocio.

Silencio.

—Si lo dices así, tendré que irme contigo —me dice sonriendo.

Nos miramos largo rato. Ha comenzado a llover. El monzón se sacude con fuerza al otro lado del cristal. No nos importa. No podemos parar de mirarnos, mientras la tarde avanza y se apaga sobre nuestras cabezas.

¿Y cómo digo esto sin que suene mal?

—Quiero hacerte el amor —dijo ella por teléfono y se me escapó el corazón por la boca.

Correteé por toda la habitación detrás de mi corazón, haciendo aspavientos con los brazos para asustarlo. Saltó por todas partes, sobre mi colcha, los libros de mi estantería y algunos apuntes que dejé en el escritorio. Pensé que podría colarse por la ventana y entonces estaría perdida sin él.

Me subí a una silla para parecer más alta, y señalándole con mi dedo dije:

—Ven aquí.

Y vino.

Ella seguía al otro lado del teléfono, esperándome. Pero no sabía qué decirle. Así que para hacerle saber que la había escuchado respiré hondo.

—Me gusta cómo suspiras, Patricia.

Sonreí. Y mordí mi labio inferior. Ella no podía verme. Nadie podía hacerlo. Sentí que temblaba, no sé si de amor o de miedo.

—¿No vas a decirme nada?

Llevaba razón.

—Sí. Estoy aquí. Lo siento —susurré ruborizada.

—No pasa nada.

—Yo también quiero hacer el amor contigo. Ahora —supliqué antes de pensar lo que estaba diciendo.

—¿Ahora? —preguntó con sorpresa.

Pues claro, yo quería hacerlo en ese momento. Pero ella no estaba. Vivía a cuatrocientos kilómetros y no llegaría a tiempo para hacerlo.

—Sí, ahora —confesé sin estar muy convencida.

Silencio. Desde luego ella no se lo esperaba y trataba de buscar algo que decirme.

—Tumbate —pidió con dulzura, insegura.

Lo hice y miré al techo. Aquella lámpara que compré en Berlín parecía mirarme escandalizada. Apagué la luz.

—Estoy tumbada.

—Yo también. Está lloviendo, no mucho. ¿Allí llueve también? —preguntó.

—No —dije en voz baja.

Estaba enamorada de aquella mujer como sólo lo hacen los enfermos

o los adictos a algo. Pero no me atrevía a abrirle el alma en dos. Creo que lo sabíamos y eso era suficiente.

Nos conocimos en una cola sacando entradas para un concierto. Me gustaron sus uñas pintadas y le gustó mi sombrero. La esquina de mi vestido rozó sus piernas desnudas y nos miramos, no sé por qué tuvimos que mirarnos, podríamos haberlo dejado estar. A veces me arrepiento, porque el amor me adelgaza y consume. Pero no pudimos hacer nada, absolutamente nada, después de mirarnos. Tenía los ojos azules y colmados de tristeza.

Y allí estábamos, nerviosas y frustradas, meses más tarde.

—Quítate la ropa, despacio —pidió.

Y lo hice. Imaginé que era ella la que bajaba la cremallera de mis vaqueros. Comencé a respirar con cierta dificultad.

—Tú también, por favor —susurré, concentrada en ella.

—Sí, me estoy subiendo la falda —me informó.

Pensé en sus manos, esas manos retirándose una de sus faldas de vuelo sin escalas, y percibí un conocido dolor entre mis piernas, como el que se produce cuando prendemos una cerilla.

El amor comenzaba a descenderme, desde el vientre hasta el nacimiento de mis piernas. Lo notaba y no me avergonzaba sentirme así, expuesta y entregada.

—Quiero que te acaricies, lento —ordenó seriamente.

Separé las piernas ligeramente, y exploré con mi mano aquel paraíso que lloraba por ella todas las noches. Comencé a dibujar figuras geométricas sin dificultad. Mis dedos abrían con urgencia todas mis compuertas, obligándome a sentir y disfrutar de aquel deseo.

—Quiero que te imagines que es mi lengua la que describe órbitas en torno a ti. Que son mis labios los que te besan con ternura y necesidad, los que absorben esa humedad tan deliciosa —murmuró con torpeza e intuí que ella estaba tan excitada como yo.

—Tócate, ¿lo estás haciendo? —quise saber.

—Sí, lo hago. Estoy bocabajo, y me muevo sobre la palma de mi mano pensando que eres tú, bonita, la que baila con furia debajo —confesó, agitada.

—Quiero ser yo la que está debajo, quiero apretarte contra mí y no soltarte después —dije.

—Si me dices eso no podré pararme ahora.

—No lo hagas, no te pares —rogué con desesperación.

Me quité los pantalones y la ropa interior con cierta rabia. Moví mis dedos con velocidad, y abrí las piernas contemplando mi silueta borrosa en un espejo. La habitación, sumida en la oscuridad de una noche sin estrellas y en un mutis interrumpido únicamente por mis espontáneos gemidos.

—¿Puedes introducir tus dedos ahora? Suavemente. Imagina que son los míos, que necesitan sentir esos latidos —explicó ella a punto de estallar.

Así era. Podía notar el bombeo natural y primitivo de mi naturaleza, ahora no me valían de nada aquellos libros ni mis exámenes de latín. Nada. Solo su piel enroscada en mi boca, en mi cabeza y mis entrañas.

Mi mano no era suficiente, pero no me quedaba otra que abandonarme al recuerdo preciso de su boca envolviendo la mía en aquella estación.

Me dieron ganas de patear como si tuviese seis años, y hacerla venir hasta mi cama, para hacernos el amor hasta la extenuación. Quería recorrer la curva de su cadera en ese momento, a las once de la noche del miércoles, y entrelazar sus dedos y los míos, húmedos y agotados. Quería apretar su mano cuando el orgasmo provocase espasmos en mi garganta, en mis piernas y mi estómago, apretarla así, con todas mis fuerzas, y mirarle a los ojos, decirle que sí a todo en ese momento, como si me pidiese arrojarnos por el séptimo piso, o volar al otro extremo del mundo.

—Voy a llegar, voy a llegar —empezó a decir, ahogando un grito.

—Yo también, amor, yo también. No puedo aguantar, te necesito.

No fui consciente de haber pronunciado la palabra amor. Pero es que nada me importaba más en ese momento que sentir cómo estallaba, volcánica y alucinada por sus gemidos entrecortados.

Grité su nombre como un mantra. No había nadie en casa. Y entonces me dije que sí, que ese era el mejor momento para decirle *Te quiero*. Tampoco pude reprimir el impulso de hacerlo. El clímax en mi boca y aquella confesión al mismo tiempo.

Se cortó la comunicación. Tiré la almohada al suelo, me dieron ganas de apartar las paredes a brazadas y arrojarlo todo al río. El amor que acababa de confesarle había quedado atascado entre su casa y la mía, en aquellos cables que había junto a las carreteras y en los que nadie reparaba. Seguro que no había podido escucharme. Rompí a llorar, abrazada a mis rodillas desnudas.

Volvió a sonar. Ya. Pero era muy tarde para repetir aquellas palabras.

—Dime.

—No puedo entretenerme mucho en esta conversación —dijo como si nada.

—Bueno —fue todo lo que respondí, dolida.

—Me van a multar, que lo sepas.

Sonreí y me mordí el labio inferior, hasta hacerlo sangrar de alegría.

—¿Estás sonriendo?

—Sí.

—Voy para allá, espérame despierta.

Aún quedaban unas horas, ¿qué más daba?

Las consecuencias

De camino a la playa, se nos pinchó una rueda. El bueno de Arturo intentó solucionarlo, con la camiseta adherida a su cuerpo por el sudor. Ni rechistó. Yo, salí del coche, y me encendí un cigarrillo.

Entonces descubrí un bulto a pocos metros de distancia, en mitad de la carretera. Pensé en bombas, maletas llenas de arena, cajas fuertes... ¿Qué era aquella figura borrosa que permanecía inmóvil?

Me desplazé, siguiendo la línea continua de la autovía, mientras Arturo me increpaba. No quise pensar en el riesgo que corría. Cuando apenas tuve *aquello*, a dos pasos de mí, me conmovió. Era una máquina de escribir antigua en la que nadie escribía, y que a nadie podía pertenecer, por el lugar que ocupaba en el mundo. La recogí cariñosamente, y volví de regreso al coche.

Arturo con la voz rota preguntó:

—¿Has pensado en las consecuencias de llevárnosla a casa?

—Sí, está decidido —sentencié.

Al ver su resignada melancolía, añadí:

—Aunque haré todo lo posible, por mantenerla al margen.

Pero fue en vano. Ella se instaló en el centro exacto de mi corazón en menos de dos semanas. Escribía en ella versos aprendidos en mi época universitaria, poemas inventados, novelas cortas, ideas, los sueños que había tenido la noche anterior, y recetas vegetarianas. Escribía en la bañera, en la terraza, en el coche, en los bordillos de la acera de enfrente, en el supermercado, mientras hacía cola para pagar, en la cama, sobre la taza del váter... Cualquier sitio era idóneo para ella y para mí.

Ella conocía todos mis secretos, incluso las canciones bochornosas que tarareaba cuando era adolescente y mis miedos más severos. Aquella máquina mágica me escuchaba mucho mejor que mi novio, comprendía mis estados emocionales, sabía callar cuando no estaba de humor y me proporcionaba una compañía incondicional. Ella no se aburría con mis conversaciones trascendentales ni me pedía silencio cuando necesitaba gritar, ningún fútil programa de televisión podía sustituirme ante ella.

—Arturo, me he enamorado de ella, lo nuestro no tiene sentido —ensayé frente al espejo.

Él lo terminaría superando.

—Sabía, que ella se interpondría. Yo no puedo competir con su

capacidad de escucha, con su pasión por la literatura, con sus letras y tildes ni sus frases articuladas tan correctamente, por no hablar de su hermoso vocabulario... Yo te avisé, ¡te dije que pensaras en las consecuencias! —me regañaba Arturo alzando la voz.

Le dejé un rato, para que se desahogara. Tenía sus razones para estar enfadado. Pero yo no podía dejar de pensar en ella, y quise ser sincera. Él cogió su maleta y me besó en la mejilla, se dejó todos sus libros de historia en la estantería, puntualizando que no volvería a leer nada, que detestaba sin remedio las palabras y a esas *estúpidas* máquinas de escribir. Y no se lo reprocho.

El último beso

Tengo un par de cosas que comprar. Llevo la lista grabada en mi cabeza. Pan de molde, tomates, cereales para Robin, mantequilla, azúcar, huevos. Y tú me hablas de no sé qué. Últimamente no soy capaz de escucharte. Es como si no pudiese encender el interruptor. Lo intento, sabes que cuando algo me interesa, entrego el corazón y los oídos. Algo me ha golpeado con ferocidad en el centro del pecho y se me perdieron las ganas. He intentado localizar mi deseo, pero se lo llevaron tus perros en la boca. He buscado, con desesperación, en el congelador el sentimiento que me ataba a ti, e intenté recalentarlo, aunque no volvieron a saltar las palomitas en mi estómago. Saqué tu ropa del segundo cajón del armario, acercando mi nariz, para olerte mejor, pero no sentí nada. No has sacado las flores al balcón, ni una sola vez, y están marchitas y enfadadas, y yo no he sabido recuperarlas, traerlas al mundo de nuevo.

Todos los días desayuno con mi amiga Rose, ella parece entenderme mejor que tú, me dan ganas de decirte que ella no es tan pretenciosa ni me hace sentir una extraterrestre cuando le comento algo sobre los niños, o sobre lo que siento.

Hablas tantos idiomas, sabes que me dejo los diccionarios y el traductor en las bolsas reciclables del supermercado... A veces, cuando nos miro en una de esas fotografías que tu madre coloca sobre el televisor, observo a dos desconocidos sonriendo a la cámara. Creo que no nos conocemos, que convivimos y follamos de vez en cuando, pero nada más.

Ayer Robin se puso a saltar como un loco en el sofá, eran las nueve de la noche y tú estabas en la ducha. Al final cayó al suelo como un saco enorme de patatas, sin ninguna clase de agilidad y esbozó una mueca de dolor, me acerqué rápidamente y comprobé que es exactamente igual a ti, el mismo gesto que pones cuando te cortas un dedo. Retrocedí un poco, experimenté un desapego instantáneo hacia mi propio hijo cuando observé el parecido, fue como tenerte a ti llorando en la moqueta, ridículo, grande y prepotente.

Anoté en el calendario de la cocina la noche en la que comenzaste a dormir mirando a la pared y no a mis ojos. El día exacto en el que alzabas la voz, para apagar la mía. Rodeé con un círculo rojo el miércoles veintiséis mientras preguntabas la razón por la que señalaba ese día, y yo te mentía por primera vez asegurándote que me había venido el periodo.

Abres ahora la puerta del coche y antes de salir yo, me dices:

—¿No me das un beso?

Me aproximo y obedezco, pero sigo pensando en mis cosas, y al despegarme de ti, no siento nada. Me alejo mientras buscas sitio en el aparcamiento, sabiendo que es la última vez que te beso, buscando la salida de aquellos grandes almacenes.

Un nosotras ahora

Al principio pensé que era una insensata que se acostaba con todos los chicos de su pandilla. Tuve esa percepción durante los primeros dos meses en los que mi mirada coincidía con la suya, por azar, o la escuchaba en alguno de los debates que la señorita Russell nos proponía en clase los viernes a última hora.

A mí me parecía que representaba un papel bien estudiado, que esa dejadez cuando estiraba sus piernas abriéndolas ligeramente, o ese gesto despreocupado en matemáticas, lengua y geografía, eran fingidos. Pensé algo así como que tenía el propósito de parecer interesante, aunque nuestra escuela católica no admitía chicos y no entendía muy bien para qué tanta cadencia en su manera de caminar por los pasillos.

Además el primer día me senté con Catherine Baldwin, una niña poco agraciada y mala estudiante que criticaba con ferocidad a Louise y a sus amigas de puro aburrimiento.

—¿Sabías que Louise se besó el otro día con un tío de treinta y cinco años? Los vieron en la puerta de un hotel en el centro.

Casi nunca fui partícipe de aquellas habladurías, tampoco emití ningún juicio de valor cuando algunas niñas como Catherine entablaban este tipo de conversaciones. Quizá era un poco reservada o no lo hiciera por principios éticos sujetos a mi prematura madurez, si por algo destacaba era por eso, porque había desarrollado una autonomía moral que se correspondía más con la de un adulto que con la de una adolescente.

De todos modos, aquellos rumores sobre Louise que pululaban por el patio del colegio y aquel desdén artificial en sus gestos, acabaron influyéndome y creí durante un tiempo que era así, una consentida, insegura y fácilmente manipulable por cualquiera.

Mis días transcurrían tranquilos hasta ese momento, mi prudencia me ataba de alguna manera a la infancia y pasaba largas horas leyendo sin mostrarme muy interesada por aquellos admiradores que desfilaban uno tras otro delante de mis narices. Utilizaba mi tiempo en prepararme bien los exámenes, asistir a clases de francés y practicar teatro. Sí, el teatro me ayudaba a combatir la timidez.

—Claire, tú harás el papel de Hermia, así que ponte con ello que tienes trabajo por delante —había dicho Sam, mi profesor de interpretación.

Y en esas estaba, con el guión entre las manos durante un recreo,

cuando Louise se acercó sola y me observó con curiosidad. A pesar de estar absolutamente concentrada en mi lectura, percibí su presencia y levanté la vista un segundo.

—¿Qué estás leyendo?

Estiré mi brazo para mostrarle el libreto porque vi que se inclinaba hacia mí, como diciendo: ¿me lo enseñas?

—Estoy estudiándome esto —comencé a decir—. Voy a clases de teatro algunas tardes y tenemos que estrenarla en tres meses.

—Me parece apasionante —opinó mientras hojeaba la historia.

En ese momento sonó el timbre y otra niña llegó por detrás para derribar a Louise, que estaba en cuclillas.

—¡Idiota, que me vas a hacer daño!

La otra se reía y al final las dos estallaron en carcajadas de vuelta a la clase.

Subí tras ellas pensativa, la verdad es que no quedaba tanto para el estreno, y dudaba de si sería capaz de hacerlo bien.

Cuando llegué al aula, la señorita Russell parecía molesta, supongo que siempre nos retrasábamos un poco subiendo las escaleras, prolongando inconscientemente la media hora de descanso. Mis compañeras continuaban charlando entre sí, correteaban alegremente entre los pupitres y bromeaban sin reparar demasiado en el gesto contrariado de la profesora. Pero a eso ya estaba acostumbrada, parecíamos fieras indómitas que terminaban mitigando su inquietud y excitación en algún momento. Así que empezó a escribir en la pizarra un problema de matemáticas.

—Louise, sal —la tuteó—. Corrige el ejercicio, por favor —alargándole una tiza.

Fue entonces cuando la miré distinto. Ella salió y desde la primera fila en la que estaba sentada noté cómo le temblaban las manos. Supongo que fue ahí cuando advertí su vulnerabilidad, porque en el fondo había otra niña y otra, y otras tantas detrás de esa.

La señorita Russell nos había avisado previamente, algo así como una amenaza, *un día de estos os haré un examen oral y se os van a quitar las ganas de tanta risa*, había dicho.

Louise leyó un par de veces el enunciado, después lo repitió mentalmente. Yo quería decirle que la parte más importante en la resolución de un problema era comprender correctamente el epígrafe, pero no podía

hacerlo.

—A esta le va a quedar hasta gimnasia —susurró Catherine en mi oído.

Analiqué a Louise, que permanecía en silencio junto a la pizarra, indefensa y bloqueada.

Su falda plisada parecía más corta de lo normal, llevaba los calcetines impecables y estirados abrazando sus piernas, y pude apreciar un ligero sudor infantil naciéndole en el cuello, junto a una cadenita dorada que se perdía en su escote. Llevaba el cabello rubio recogido en un moño descuidado a propósito y una goma de color azul marino que combinaba mal con el uniforme escolar lo sujetaba.

Louise había crecido tanto como las demás, pero más allá del desarrollo anatómico que experimentábamos todas, intuí una incipiente necesidad carnal en su manera de mirar o de morderse las uñas, como si quisiera hacernos el amor con los ojos, ávida de experimentar el placer y el dolor, lejos del uso inquieto de sus manos.

Podía estar completamente equivocada, pero sentí dos emociones incongruentes en sus facciones; por un lado la inocencia absoluta que proporciona la ignorancia, y por otro, el deseo de crecer.

—No has estudiado, ¿a que no? —espetó la señorita Russell girándose hacia la ventana.

Louise se encogió de hombros y justo antes de admitir que no lo había hecho, nos miramos. Involuntariamente moví mis labios indicando lo que tenía que hacer para resolver el ejercicio y ella lo hizo rápidamente, mientras la profesora continuaba absorta en los edificios de enfrente.

Mi compañera escribía como una autómatas, sus amigas observaban la escena con sorpresa. De todos modos, pensé que algo sí había estudiado, de lo contrario habría sido imposible que desarrollara todo aquel proceso a esa velocidad.

Probablemente la tarde antes habría estado hablando con alguien por teléfono, sentada en un sofá, con el libro de matemáticas en su regazo, y de vez en cuando habría leído algo completamente desinteresada, quedando aquello suspendido en algún lugar de su memoria.

—No, yo no soy muy lista, es que ella me ha ayudado —le dijo a sus amigas cuando pasé junto a ellas de camino a casa.

Sé que todas me miraron, aunque les daba la espalda y no puedo estar

segura.

A partir de aquel día, Louise se mostró más cercana. Llegó a pedir que la sentaran conmigo con la excusa de que así se concentraría más y podría servirle de ayuda. Pero en vez de eso, fue ella la que me dejó ensimismada con sus bromas y confidencias personales, la que logró desbancar mi interés por la literatura o el teatro para quedar en el centro de todos mis pensamientos.

Comenzamos a coincidir, su grupo de amigos y los míos por algún motivo llegaron a mezclarse, empezamos a compartir espacios, experiencias, conciertos y borracheras de sábados por la noche.

Nos cuidábamos mutuamente, lo cuál barruntaba el nacimiento de un enorme afecto que crecía como un monstruo a la vista de todos. Sus amigas y las mías llegaron a sentirse amenazadas, porque cuando estábamos juntas no había nadie más que pudiese interesarnos.

Supongo que aquello se nos fue un poco de las manos, a veces querer sin medida deriva en relaciones ligeramente dependientes y nosotras éramos muy jóvenes para gestionar aquel cúmulo de emociones.

—¿Por qué le has contado eso a Helen antes que a mí? —dijo una vez, apenada.

—Porque me preguntó por el suspenso en lengua y le conté que estaba fatal.

—Ya, pero yo quiero ser la primera —confesó lánguida, haciendo montoncitos con la arena del parque que había debajo de su casa.

—No te pongas así, qué tonta eres a veces —la abracé.

Algunas tardes venía a verme a los ensayos, se quedaba muy callada entre los asientos vacíos y a veces señalaba un reloj inexistente en su muñeca como diciendo: *acaba ya, que tengo ganas de estar contigo*. Pero sé que sentía orgullosa cuando yo la miraba de reojo desde el escenario.

—¿Estás enamorada de él? —me preguntó una vez sobre un chico con el que salía.

—No lo sé, creo que no.

—¿No lo sabes? Si te va el corazón a toda velocidad cuando aparece en la habitación o si no dejas de pensar qué puede estar haciendo en cada momento, o si te apetece besarlo durante horas, entonces sí.

Medité sobre ello mientras ella colocaba una y otra vez sus libros en la estantería, nerviosa.

—Entonces no.

—¿No? —quiso cerciorarse.

Negué con la cabeza.

Corrió descalza y se abalanzó sobre mí, para llenarme de besos fraternales.

No le pregunté nunca por qué tuvo esa reacción, quizá no estaba preparada para escuchar su respuesta, o a lo mejor temía estar equivocada y ella no me quisiera en absoluto.

Recuerdo la palma de su mano extendida hacia mí, y mis dedos trazándole letras que ella debía adivinar.

—A-M-O-R.

—Sí.

—Otra —pidió sentada en su portal.

A veces podíamos estar así horas completas.

—F-O-L-L-A-R.

—No.

—¿Cómo que no?

—V-O-L-A-R-É.

—Sí... Ya. —Abriendo sus ojos para mirarme.

A veces dormíamos juntas, y eran las noches más largas del año. Ella me hablaba de un hermano bipolar que vivía en Japón con su novia, y yo le contaba alguna anécdota de mis compañeros de teatro, mientras me acariciaba el pelo con las manos.

—Te quiero —musitó una vez casi dormida.

—Yo no.

—¿Cómo que no? —se despertó, medio ofendida.

—Para nada, que te quede claro.

Entonces me apretó contra ella, como si yo tratase de escaparme. Era un abrazo, uno de tantos pero distinto, porque a pesar de la oscuridad de su habitación, pude apreciar sus pupilas dilatadas, su imperiosa necesidad de fundirse conmigo.

Enlazó sus piernas con las mías, y sus brazos rodeándome, su aliento en mi garganta. Sentí una excitación instantánea, dolorosa, creciéndome entre las piernas. Me quedé con las ganas de ordenarle: *tócame*.

Aquella sensación me resultaba completamente advenediza, como si Louise fuese una intrusa invadiéndome. ¿Por qué aquello no pasaba con

James o con otros?

A pesar de todo, esa noche nos quedamos profundamente dormidas, abrazadas de esa forma.

A la mañana siguiente, tomamos la decisión de no asistir al cumpleaños de Rose. Y puso *La Foule* de Edith Piaf mientras yo seguía tumbada. Extendió una mano hacia mí.

—Vamos a bailar.

Protesté un poco. Pero al final lo hicimos, bailar en pijama, con la ventana abierta y las vecinas tendiendo la ropa.

—Cierra los ojos —le propuse.

—Ya.

—Ahora no estamos aquí, estamos en París, Edith Piaf nos canta desde la acera que hay enfrente y todo el mundo nos aplaude.

—Qué cursi eres.

Los días, los meses, el curso, y el amor comiéndonos a dentelladas sin ser del todo conscientes. Sus celos hacia cualquiera de mis novios fugaces, mis celos cada vez que ella se abrazaba a otra de nuestras amigas, sus cartas breves en clase, los cigarrillos en su terraza.

Un día, yo creo que fue el seis de abril pero no me acuerdo, Louise y yo jugábamos al tenis con otras amigas en el chalé que los padres de una de ellas tenían en la playa. No éramos especialmente competitivas pero ese día queríamos ganarles a toda costa. Hacía calor, aunque estaba nublado y a punto de llover.

Lo único que sé es que cuando mis amigas se perdieron en el interior de la casa para buscar unos refrescos, Louise vino hacia mí y me besó.

Y no fue un beso en la frente ni en la mejilla derecha. Fue un beso en los labios, con su lengua girando dentro de mi boca. Su respiración era tan agitada que me asusté, pensé que podría desmayarse en cualquier momento.

Aquel beso fue: *tequieronome dejesnotevayas*.

Tiró de mí hacia la playa. Corríamos como persiguiendo a otra persona. Caímos rendidas entre unas dunas perfectas que nos protegían del viento de poniente.

A lo lejos alguien nos llamaba, probablemente nuestras amigas querían saber dónde estábamos, con un refresco de limón en la mano.

No importaba.

Louise parecía emocionada, pero no era capaz de decirme lo que

teníamos que hacer en ese momento. Tomé la iniciativa sin titubear, y le acaricié las muñecas. Se tumbó sobre la arena y tiró de mi camiseta para hacerme quedar sobre ella con torpeza. Sentí que abría suavemente las piernas, temblando y aquel gesto consiguió encender una cerilla en mi estómago. Nos besamos con desesperación durante diez o quince minutos.

Ella alzó un poco sus caderas y yo interpreté aquello como una invitación o una súplica. Le subí la falda con una de mis manos, y la acaricié por encima de su ropa interior hasta que conseguí retirarla levemente a un lado y comprobar su excitación.

—Sí, me estoy muriendo de ganas —explicó ruborizada.

Me empujó hacia atrás. Se bajó las braguitas en un segundo y me despojó de las mías, como si aquello estuviese ensayado.

Volví a situarme sobre ella, sus manos bailaban conmigo, sus dedos hasta la raíz. Mis piernas y las suyas. En algún momento quedé sentada perfectamente encajada entre sus caderas. Comenzó a moverse con cierta brusquedad, mordiéndose los labios para reprimir un gemido. Quise moverme a su ritmo.

Rememoro aquella escena como una imagen desenfocada, como vista desde fuera. Ella llorando de alegría, y yo alcanzando una cima nueva. Su incandescencia estallándome entre los muslos, un nosotros ahora. La insoportable belleza de Louise cuando cesó el temblor y se quedó paralizada y exhausta junto a mi cuerpo, sus mejillas arreboladas de *no sé que hemos hecho pero qué bonito*.

—No te vayas nunca, Claire —me dijo cuando volvíamos a la casa de nuestras amigas.

Pero, al final, la que me dejó fue ella. Tuvo que marcharse un año más tarde con sus padres a Brasil, dejándome un reguero de cartas en las que repetía una y otra vez que no sabía cómo despedirse y un gesto el día antes de irse del que no consigo deshacerme, ella moviendo los labios desde el coche diciendo una frase de Pizarnik, a la que tantas veces habíamos leído:

“Haz que no muera sin volver a verte”.

El beso azul eléctrico

Siempre le había tenido miedo a ir en metro. Eso de enterrarme debajo de la tierra, de los semáforos y de los parques, no me hacía ninguna gracia. De niña imaginaba que era una boca enorme que me engullía, a mí y a todos los peces.

Pero ahí estaba yo, con mi falda negra y mis zapatos de tacón, decidida a comerme a besos a aquella mujer con la que llevaba flirteando abiertamente desde diciembre.

Nos conocimos en una fiesta de disfraces de un amigo común, me gustó su elegante pose de María Antonieta con ese vestido púrpura y esa piel blanquísima e inmaculada, apoyada sobre la encimera de la cocina de Luis. Pudimos decirnos algo, pero no hicimos el esfuerzo. Coincidimos varias veces, cine, teatro, unas cañas... Y llegué a enamorarme de su interesante conversación y de sus medias, finas, finísimas, en pleno invierno.

Me cansé de quedarme siempre con las ganas y le pedí un beso. Ella, con una sonrisa leve, casi imperceptible, me respondió:

—Mejor mañana —se quedó pensativa—. En el metro, de camino a casa de Javier. Es su cumpleaños, no te olvides.

Dudé. ¿Que no me olvidase de nuestra cita o del cumpleaños?

Ahí estábamos. Con un vagón plagado de niños y abuelitas.

Ella sonreía con malicia, con su mirada cosida a mis ojos. Me tambaleé un poco, y se acercó con brusquedad para besarme, inundando de energía mis entrañas. Temblé de emoción, ella luchaba consigo misma por haber dado un paso hacia delante que su familia nunca aceptaría. Notaba la batalla en su lengua y la acogí con calma, prolongando nuestro beso y su ansiedad.

—Lo sabía —se limitó a decir, turbada.

—¿El qué? —quise saber.

—Que besarías en azul eléctrico.

Me alquilo para el catorce de febrero

Me alquilo para el 14 de febrero.

¿Te alquilas? Pensé.

Aquel mensaje volvía a mí de forma reiterada. En esta ocasión a través de una conocida red social. Normalmente no le presto ninguna atención, pero no sé si fue por la lluvia o porque Léa se retrasaría por alguna clase de desavenencia con su mujer, decidí consultar la aplicación brevemente.

Era ya la cuarta vez que me encontraba con aquel mensaje que parecía tener muchos otros detrás, como capas superpuestas hablándome de algún desconocido solitario. No sé. Hubiese sido más fácil hacerse el interesante en cualquier cafetería del centro, fingiendo escribir en un cuaderno de notas con cara de *fijate en mí, que escribo en un bloc de toda la vida*, hasta que una joven accesible se sentara en la mesa contigua apoyando la cara sobre la palma de su mano con gesto de aflicción o simple tedio, y entonces, aprovechar la coyuntura para lanzarle un sonrisa o invitarla a ese café que acabaría de pedirse con leche de soja.

No. La gente elige el camino más difícil.

Al principio no reparé en el primer mensaje, estaba discutiendo con Léa en el coche sobre mi hermano Philippe. Últimamente estábamos constantemente sumidas en un conflicto u otro. Yo había dejado de excusarla por estar casada con una mujer a la que no quería y de la que no sabía cómo deshacerse.

—No me apetece invitar a tu hermano porque no le caigo bien, ¿sabes? Me siento incómoda.

—Qué tontería, ¿por qué no ibas a resultarle agradable, Léa?

—Pues yo qué sé, pero estoy convencida. —Se mordía las uñas—. Y

tiene esa forma de mirar, no sé, como si no estuviese ahí.

—Bueno, él es así, un poco despistado, pero eso no implica que esté molesto contigo.

—No me gusta —confesó.

—Pues es mi hermano —respondí parando el coche un momento.

Léa y yo nos miramos. Después se encogió de hombros y señaló mi ventanilla.

—Mira eso.

—¿El qué? —pregunté irritada, a veces Léa desviaba mi atención cuando me hacía daño.

—Ahí.

—¿Qué hace esa nota en mi ventanilla?

Me alquilo para el 14 de febrero.

—No sé, cualquier imbécil.

La dejé ahí, encendí el motor y nos fuimos a casa.

Siempre hay alguna razón para lanzar un mensaje al Universo. A veces tenemos la necesidad de compartírnos con otra persona, del modo que sea. Tenemos que hacer saber a los otros que amamos a alguien cuando acabamos de conocerle y nos bailan estrellas en el ombligo; que hemos celebrado nuestro cumpleaños en ese restaurante al que vamos algunas veces; que hemos dado a luz una hija para que cualquiera exclame *cómo se parece a su madre*; que hemos tenido una fuerte disputa con nuestra pareja y estamos desolados; qué más da, el caso es decir a quien sea lo que hacemos o sentimos sin elegir minuciosamente al receptor.

Aquel trozo de papel en la ventanilla del coche no duró más de unas horas, pues esa misma noche fui a lavararlo y desapareció, dejando un rastro imperceptible de color amarillo que yo misma deshice con mis impecables uñas rojas.

Huelga decir que hubo una segunda vez. Acababa de estrenar un vestido estampado que había comprado en una tienda de esquina, muy cerca del Sacre Coeur, cuando choqué accidentalmente con una joven y derramó su té para llevar sobre mi escote.

—¡Lo siento!

—No pasa nada —le dije sonriendo.

—Claro que pasa.

—Que no, mujer, no te preocupes.

Me despedí un poco forzada por la situación y desapareció rápidamente. Entré en los baños de unos grandes almacenes para frotar un poco la zona y quitar la mancha. Estaba tan concentrada en limpiar el vestido que tardé unos minutos en contemplar el mensaje que había escrito en el espejo con carmín rojo.

Me alquilo para el 14 de febrero.

En ese momento entró una señora en el baño y me miró con reprobación, negando con la cabeza, con la certeza de que había sido yo la que acababa de escribir aquello.

Esa noche me acordé fugazmente del mensaje, cuando me metí en la cama completamente sola.

Léa me había llamado otra vez, para susurrarme un *te quiero y me apetece más estar allí contigo que aquí*. A veces hablaba con una voz tan baja que no conseguía traducir sus frases.

—¿Por qué no la dejas ir? —quise saber.

—No es tan sencillo, pero estoy en ello.

Hacia siete meses que Léa me besó en la comisura de los labios, en el ascensor del acuario en el que ambas trabajábamos, y desde entonces habíamos mantenido una relación tóxica que me consumía muy despacio, pero cada día.

—Tengo ganas de hacer el amor contigo —musitó jadeante.

Yo no, pensé.

Quería decirle: no vuelvas a llamarme, creo que ya no te quiero.

—Mejor mañana. Vente.

—Estabas tan guapa el otro día, no se puede ser tan bonita.

—Gracias, en serio, pero hoy estoy muy cansada, mañana quedamos aquí a la hora del almuerzo. Prepararé un poco de humus y una empanada —propuse sin emoción.

—Vale.

Y sonó una voz apagada desde otra habitación, era su mujer, Camille, preguntándole por unas llaves del coche.

Léa quiso colgarme a regañadientes, y estuve de acuerdo.

Rememoré aquellos mensajes.

¿Podría alquilarse una emoción? Pensé e imaginé una escena absurda en mi cabeza.

—¿Qué desea?

—Sentirme excitada, feliz.

—De eso no nos queda nada, pero déjeme ver —mirando en su ordenador—. Bueno, tenemos enamorada por trescientos euros al mes, ¿le va bien?

—¿Puede dejarme un par de días para pensarlo?

Al día siguiente Léa no quiso venir a casa. Así que almorzamos bocadillos en el acuario entre tiburones, peces de colores y estrellas de mar.

—¿Has visto eso? Mira ese banco de peces pequeños en la cola del tiburón. ¿Sabes por qué lo hacen? Colocarse ahí, digo.

Negué con la cabeza.

—Para que no se los coman esos otros peces grandes. El tiburón está satisfecho y no los va a devorar, así que nadan junto a él para que espante a otros depredadores.

Me quedé contemplándolos un rato, en silencio. La belleza de aquellos animales sigilosos y tranquilos me gustaba. Mi carácter taciturno y melancólico necesitaba a veces de escenarios como ese para compensar la algarabía de aquella ciudad ingobernable en la que vivía desde hacía unos años.

Ella me tomó la mano llevándome a una habitación llena de alimento para corales. Sí. A veces Léa se comportaba de un modo aleatorio.

Me subió la falda, me bajó las medias y se puso de rodillas, apartó mi ropa interior con la mano y deslizó su lengua dibujando toda clase de figuras geométricas entre mis muslos. Abrí ligeramente mis piernas para resultar más accesible. Ella se apartó su larga cabellera y continuó haciéndome el amor con su boca, desesperada, como si no quisiera hacerlo pero estuviese condenada a quererme.

Después de aquello la peiné con mis manos en un impulso maternal, y le dije:

—Voy a ver a las tortugas.

No sé si se quedó muy convencida, pero no intentó retenerme.

—Esta noche seguimos en tu casa —me dijo como si no hubiera opción a réplica.

Y allí, en la pared, volví a encontrarme con una nota que rezaba lo mismo que las dos anteriores, pero esta vez había un número de teléfono abajo.

¿Era una broma?

¿Realmente pensaba que iba a llamarle?

Limpié aquello a toda velocidad mientras una pareja de tortugas preparaba su nido. Froté con acritud, aún excitada por lo que acababa de pasar entre Léa y yo. Supongo que sería incongruente decir que sentía tristeza, pero así era.

De algún modo memoricé el número inconscientemente porque cuando volví a casa lo repetí frente al espejo del baño mientras me cepillaba los dientes.

—Llegaré tarde, lo siento. Camille está recogiendo sus cosas, dice que necesita marcharse unos días fuera.

—Quédate con ella, seguro que te necesita.

—No. Se va en un rato y quiero verte. Así que espérame.

Y ahí estaba yo, tumbada en mi cama, malgastando el tiempo en ver si alguien me había agregado o no a una red social de incontables conocidos y anónimos que sonreían a cámara desde islas paradisíacas, sosteniendo gatos o niños en los brazos o comiendo cereales. Y entonces ese mensaje otra vez.

Me alquilo para el 14 de febrero.

Y un número. El mismo que había aprendido de memoria esa misma tarde. Estábamos a dos días de esa celebración, París, la ciudad del amor por excelencia, repleta de corazones de todos los tamaños. Incluso las farolas habían sucumbido de manera forzosa y se coronaban con más corazones rosas.

¿Quién habría al otro lado?

Empezaba a intrigarme, aquella curiosidad me asfixiaba. Comencé a temblar, hacía frío, estaba sola, Léa probablemente estaba despidiéndose de la mujer de su vida porque últimamente solo pensaba en mí. En mí para follar, todo hay que decirlo. No podía quererme, las personas que aman te miran de otra manera, te cuidan, se piensan dos veces lo que van a decirte para evitarte cualquier preocupación. Tampoco quería a su pareja. Si la quisiera, no le mentiría mientras charlan en la bañera.

A lo mejor es que Léa no sabía amar y siempre había alguien que se sentía sola por su ausencia. Era de esas personas que nunca estaban en el mismo sitio durante demasiado tiempo.

La miré una vez mientras comía espaguetis y pensé *¿qué me hace seguir aquí contigo?*

Porque pese a su belleza nórdica y sus múltiples aptitudes, no

conseguí atisbar en ella nada que pudiese conmoverme, y esto lo pensé cuando la salsa de tomate resbaló por su barbilla y ella seguía hablando, sin descanso, de sí misma, de lo mucho que otros alababan sus destrezas.

Me levanté, cogí el teléfono y oculté mi identidad antes de marcar los nueve dígitos que aún conservaba en mi cabeza. Colgué. Repetí esta acción como seis veces.

—¿Dígame?

Tuve un repentino ataque de timidez, o supongo que la cordura volvió a mí después de todo. Era una voz femenina. ¡Qué suerte! pensé. Y luego corregí aquella reflexión, recuperando el juicio nuevamente.

—No sé. Ha puesto un mensaje y ...

Me regañé a mí misma, podía tratarse de una psicópata, o de algún niño gastándole una broma a su madre, incluso podía ser un marido celoso probando la resistencia de su novia.

—Ah... Sí —dijo ella con desgana, como si acabase de recordarlo y se atusara el pelo aburrída.

Silencio.

Miré por la ventana, había una pareja de ancianos bailando en el salón de su casa en el edificio de enfrente. Para ellos no era importante celebrar el día de San Valentín, ese tipo de festejos les quedaba muy lejos a esas alturas.

Probablemente la voz al otro lado pertenecía a una mujer heterosexual que no sabía cómo decirme: *Verás, a mí lo que me va es el sadomasoquismo con hombres rudos que saben lo que hacen.*

¿Qué estaba haciendo? Supongo que una parte de mí sentía curiosidad y otra, simplemente, quería decirle que dejase de colgar notas por todas partes, que estaba asustándome.

—Si quieres —comenzó a tutearme—, nos vemos mañana.

—Pero mañana es trece —repliqué como si estuviese manteniendo una conversación con una novia imaginaria.

—¿Y qué? Así podremos tomar una decisión. Si hay *feeling* nos vemos el catorce, y si no, pues no.

Parecía cansada. Yo también lo estaba. Y Léa llamaba con insistencia a la puerta.

Lo que no pude imaginar era que al día siguiente, yo, una mujer de moral casi intachable, respetable y atractiva según todas mis amantes y aquellos novios postizos que tuve entre los quince y los diecinueve, estaba

esperando en la Catedral de Notre Dame a una desconocida con una puntualidad inconcebible.

—Eres tú —dijo ella, afirmándolo con una vaga expresión de nostalgia.

—¿Eres la de los mensajes?

—Sí. —Parecía contenta, aquel desánimo de la noche anterior había desaparecido.

Aquella mujer era casi de mi misma estatura, delgada y el cabello castaño. Su belleza no pasaba inadvertida y algunos hombres la miraban con cierto interés. No obstante, parecía ajena a todo eso. Nos sentamos en una terraza para tomar un refrigerio. Estaba a punto de decirle *mira, esto es una tontería, no pretendía tener una cita contigo*, pero se me adelantó y dijo mirándome a los ojos:

—Soy Camille.

El corazón saltó varias veces en mi garganta, quería correr, quería decirle cuánto lamentaba aquello, no sé, esconderme bajo la mesa, taparme los ojos.

Supongo que advirtió mi vergüenza porque alargó su brazo y me acarició suavemente, tranquilizándome.

—No tienes que disculparte, en todo caso soy yo la que debería hacerlo, el uso de esos mensajes desconcertantes no ha sido muy maduro por mi parte. Solo quería conocerte. No tengo ninguna otra intención, no voy a dispararte.

Camille parecía relajada, puede que su lenguaje corporal revelase una leve incomodidad por la situación surrealista en la que ambas no sabíamos qué hacer exactamente. Era preciosa, Léa nunca me había hablado de eso.

—De todos modos, lo siento —dije.

Ella miró hacia unos niños que jugaban con un perro como pensando qué podía decir a continuación.

No podría decir qué nos llevó a mantener una conversación compleja acerca de las relaciones, pero entre Camille y yo se estableció una conexión fascinante que duró toda la tarde.

—¡Qué tarde se nos ha hecho! —exclamó.

—Un poco.

Paseamos un rato como si llevásemos toda la vida haciéndolo.

—Quiero que sepas que ayer me fui de casa, Léa está oficialmente

soltera—me informó inexpresiva.

—Anoche finalicé mi relación con ella, Camille.

—¿Ah sí? —dijo sorprendida—. ¿Y qué hizo ella? ¿Levantó los brazos así, como si se hubiese vuelto loca?

—Pues sí —admití riendo.

—Entonces... ¿Estás libre mañana?

¿Qué era aquello? ¿Estaba flirteando conmigo después de todo el dolor que mi presencia en la vida de Léa le había causado?

—Creo que sí —respondí insegura.

—Lo digo simplemente porque te va a costar muy caro.

—¿El qué? —quise saber, totalmente desconcertada.

—Alquilarme para esa fecha —susurró ella con naturalidad.

Nos echamos a reír y al final dije:

—Estoy dispuesta a correr el riesgo.

André Gide

Está a punto de abrir los ojos, intuyo. Apenas la conozco, pero duerme en el lado izquierdo de mi cama. Presumiblemente es una mujer sensible porque la conocí leyendo a Gide en los baños del pub al que mis amigas me llevaron anoche. Fui a refrescarme la cara y ahí estaba, sentada sobre la taza de un váter, sumida en *Los monederos falsos*. Casi le pregunté si había leído otros de él, pero solo la observé a través del espejo; suficiente.

No sé cuánto tiempo estuve contemplándola con el libro entre las manos y el flequillo besándole las pestañas, pero levantó la vista y quisimos encontrarnos en el cristal. Fingí buscar algo en el bolso y saqué mi pintalabios, me pinté concentrada en esta boca carnosa mía, heredada de mi madre, decían. Salí después a toda prisa.

Aquel antro me agobiaba. Aquellas mujeres de caza, que se abrían el corazón en rincones oscuros y buscaban amor con la lengua y las entrañas, sin mediar palabra, sin ternura ni preliminares, nada. El amor necesitado, con ojos enrojecidos y aliento a cerveza. Siempre me habían deprimido los locales de este tipo, ya fuesen destinados al público heterosexual o lésbico, no importaba, la función era la misma: crear espacios de encuentro en los que sobraban las palabras porque no había necesidad de conocerse, imperando otros intereses.

—A ti lo que te pasa es que estás acojonada —sentenció una de mis mejores amigas con la que comía pipas de girasol en verano desde los ocho años.

Sí. Tenía miedo. Temor de volver a querer como había querido. No hacía falta que me lo recordasen todos los días. Sostuve en mi memoria aquella escena dolorosa con mi ex pareja, sentada ella en el sofá y recogiendo yo la ropa limpia de la terraza.

—Me voy.

—¿Y eso? —preguntó sin pestañear.

—Porque no me quieres —susurré con tristeza.

—Claro que te quiero. A lo mejor no sé demostrarlo, pero ya me conoces.

—Pues así no soy feliz.

—Tú verás —fue todo lo que dijo.

Escuchar un “tú verás” en lugar de un “podemos intentarlo” me rompió el corazón en dieciséis partes iguales. Había amado a Inés como a

ninguna otra mujer en mi vida, tolerando que de vez en cuando sintiese la necesidad de flirtear con su mejor amiga para despertar mis celos o alimentar su autoestima. Ella no iba a renunciar nunca a esa clase de relaciones turbias e infantiles, de conversaciones opacas que ocultaba en su teléfono, porque las necesitaba para sobrevivir. Y yo no supe renunciar a ella, pese a todo, durante algunos años en los que llegué a acostumbrarme a no hacer preguntas, a aceptarla como era.

Al recordar ese momento en el que rompí nuestra relación, comencé a sentir que me dolía el pecho. Mis amigas parecían entretenidas con una chica cuyo pelo estaba teñido de verde, bailando en el centro de la pista, y aproveché para salir a fumar.

Aire. Agradecí el frío. Enero. Aún sentía ansiedad y todo me daba vueltas, pero la soledad en aquel callejón céntrico me ayudaba. Me puse los guantes, todavía podía sostener el cigarrillo con ellos. No había nadie, algunas parejas de la mano que volvían a casa y poco más. Advertí cómo mis latidos se normalizaban lentamente, mientras me abandonaba el miedo y la parálisis afectiva que padecía desde que Inés se marchase por la puerta con cierto aire de resignación.

—Hola —dijo alguien.

Me giré y allí estaba la mujer del libro, con su vestido azul marino y su bolso a medio abrir, como si se tratase de una persona despistada e interesante que no tiene nada que ocultar.

—Hola —respondí.

—Qué frío hace —comentó mientras se apoyaba en la pared, a mi lado.

—Sí. Yo me he puesto los guantes, puedo fumar con ellos —dije sintiéndome ridícula por darle explicaciones.

Ella sonrió sin mirarme, como si mi estupidez le resultase entrañable y nos quedamos en silencio. Aquella desconocida me suscitaba inquietud y sosiego, como si no fuesen dos conceptos antagónicos. Mi cigarrillo estaba a punto de consumirse, pero no quería irme de allí. Ella no fumaba, no hacía nada, pensé que quizá había salido a buscarme.

—¿Quieres dar un paseo? —propuso.

—Claro.

Dejamos aquel callejón mal iluminado y salimos a una avenida desértica, nuestras sombras dibujadas bajo la luz de algunas farolas.

Hablamos un rato sobre los antros de la ciudad a los que nunca íbamos pero que conocíamos porque de vez en cuando nos dejábamos caer en ellos, de lo mucho que podían llegar a deprimirnos, de que si nos dieran a elegir entre ese tipo de sitios y una buena obra de teatro o un espectáculo de danza, optaríamos por lo segundo. Que a ella le gustaba el cine si era en blanco y negro, que a mí me gustaba el independiente. Que podríamos llegar a un acuerdo si alguna vez nos encontrábamos en la cola de la taquilla.

Me habló de su experiencia en Moscú con unos artistas rusos que no dominaban el castellano, con los que tuvo que trabajar porque organizaba eventos en Barcelona para la empresa de su padre.

—¿Te dedicas a cazar talentos? ¿Vas en su búsqueda y los convences para que actúen con vosotros?

—Pues algo así —respondió.

—¡Cuidado! —grité cuando un tipo se le acercó por la izquierda en una bicicleta y le arrebató el bolso.

Ella no tuvo tiempo suficiente para reaccionar y el chico huyó a toda velocidad con sus pertenencias.

Empezamos a correr detrás de él, como si nos fuese la vida en ello. Mis tacones no eran buenos aliados en la carrera. Cuando ella se cansó, dobló su cuerpo y apoyó las manos sobre sus rodillas. Pero yo seguí corriendo sin atender a razones; quería correr, huir, atrapar, lo que fuese. Nunca lo hacía, correr, digo, nunca. En cierto modo me preocupaba haber dejado a mi amiga sola, vencida sobre la acera, esperándome o no.

¿Y si se marchaba? ¿Y si al volver ella se había ido?

Me gustaba. Ella me gustaba. Pero la emoción que despertaba en mí trascendía más allá de cuestiones físicas o superficiales.

Observé que el tipo de la bicicleta no sabía que el bolso estaba abierto e iba dejando desperdigadas algunas posesiones como un espejito, un lápiz de ojos, un monedero rojo, un *flyer* que anunciaba copas por cuatro euros y el libro, menos mal.

Volví sobre mis pasos y la encontré sentada en el borde de la acera, mirándose las manos.

—Aquí tienes algunas de tus cosas. El bolso se lo ha llevado.

Me sonrió. Otra vez.

—Gracias, no tenías por qué.

—Me voy a casa, se está haciendo tarde.

—Te acompaño, si no te importa.

Y nos fuimos juntas calle arriba, como si llevásemos toda la vida haciéndolo, como dos autómatas. Estaba helada porque su abrigo era ligero para ser enero, y se llevaba las manos a la boca para calentarlas soplando. Tomé una de sus manos, entre las mías, y la metí en mi bolsillo. Cuando llegamos a mi portal no me quedó otra que despedirme, pero entonces ella dijo algo que lo cambió todo:

—No tengo llaves. Se las ha quedado el de la bici. ¿Puedo quedarme contigo o me prestas algo para irme a un hotel? Es que tampoco tengo el móvil.

—Quédate esta noche, mañana arreglamos todo eso si quieres.

Y fue así como durmió en mi cama. En aquellas sábanas que alguna vez compré en unos grandes almacenes y que no son especialmente bonitas.

Amanece.

Aunque es invierno y la luz tamizada por mis cortinas me confunde y no distingo bien si es de día o de noche. Su vestido reposa sobre la silla que hay junto a mi armario. Es azul. Sigue siendo azul pero ahora veo que tiene unos ciervos muy pequeños dibujados. Mis tacones yacen sobre la alfombra, abandonados con torpeza.

Está a punto de abrir los ojos, lo hace despacio, tratando de situarse después de dormir abrazadas sin otra pretensión. Finjo que duermo en un inesperado ataque de timidez. Se gira, ahora me da la espalda porque quiere seguir durmiendo o se está pensando cómo salir de mi casa sin hacer ruido.

Normal. Yo también querría escaparme de un sitio como este, con sábanas amarillas de estilo impreciso.

Su cuello, el cabello recogido, y ese olor indefinido a sueño. Me apetece besarla, así, en el inicio de su espalda desnuda, pero no me atrevo, sería muy sencillo aproximarme y hacerlo. No quiero, no. Ella no es una mujer cualquiera. Es especial. Yo también soy especial. Podríamos ser amantes pero iniciándolo todo desde otro punto, no este, no así de rápido e insustancial.

Se incorpora, sigue dándome la espalda, y me gustan sus omóplatos. Se queda sentada en el borde de la cama, reflexiva, silenciosa, con las manos aferrándose a la colcha, no me mira en ningún momento.

Las arrugas de mis sábanas le han dejado marcas sobre su piel. Hay una línea irregular que cruza su cuerpo, desde la cintura hasta el cuello y me

dan ganas de recorrerla con mi dedo índice. No lo hago. Pienso en esos dibujos en su espalda y creo que son efímeros, fáciles de deshacer, como el amor. Dentro de un rato no quedará huella, cuando salga de la ducha que querrá darse, me invitará a pasar al baño para hablarme de sus planes para el resto del fin de semana como dos buenas amigas desconocidas. Será entonces cuando trate de buscar esas formas de mis sábanas y no las encuentre porque se habrán desvanecido.

Se levanta, se pone el mismo vestido azul con ciervos estampados y vuelvo a cerrar los ojos para que no me descubra mirándola. Sale de la habitación e intuyo que antes de hacerlo se gira y me observa con curiosidad. La escucho llegar a la cocina, pero no se atreve a prepararse un café, así que se dirige a la sala de estar y abre el balcón porque oigo cómo las puertas chirrían, sale, probablemente apoya sus codos sobre la barandilla y mira hacia abajo. Andrea estará colocando las mesas y las sillas antes de escribir en su pizarra el menú del día, y habrá dos o tres personas sentadas en la barra del bar de café con leche.

Me incorporo y miro mi teléfono móvil. Veintidós mensajes de mis amigas preguntándome que con quién me fui y cómo pude dejarlas tan tiradas. Hoy hace tres grados y cielo despejado según el parte meteorológico que danza en mi pantalla, y son las ocho en punto de la mañana. Qué temprano. Sobre la otra mesita de noche descansan *Los monederos falsos* y algunas pertenencias de mi amiga.

—Me llamo Alexandra —afirma contundentemente desde el marco de la puerta.

Me sobresalto un momento.

—Yo soy Laia. ¿Te apetece ir a tomar un café?

Asiente. Me visto y nos vamos, ansiosas por empezar a conocernos por el principio. Aunque una voz grave y segura me dice que me he enamorado como una adolescente de una intrusa adorable.

Andrea nos sirve café con leche y bizcochos, mientras Alexandra y yo nos miramos como idiotas. Me llevo un cigarrillo a los labios y ella decide leer el periódico. Percibo una paz interminable, ella me produce esa sensación de quien ha venido para quedarse.

Nunca pensé que podría enamorarme a media noche de una mujer que lee a Gide sobre la taza del váter, pienso, y sonrío.

La escritora de cartas por encargo

Y entonces va y me dice que siempre le ha gustado esa versión de *Vete*, cantada por Marlango. Me lo dice con la mirada turbia y los labios temblando.

No sé qué puedo responderle a eso. Obviamente, encierra un monstruo detrás de esa declaración que no viene al caso.

—¿Pedimos algo? —propongo.

Sofía retoma la compostura, de nuevo inexpresiva, serena.

—Sí, claro.

Y le hace una leve señal al camarero. Té negro con leche para mí. Ella prefiere un San Francisco con alcohol.

—Me gusta este sitio, ¿a ti qué te parece? —pregunta.

Miro a mi alrededor. Estamos en la azotea de un hotel muy céntrico de Sevilla, tenemos vistas de la Catedral y la Giralda. La cafetería no tiene una carta muy extensa, y el precio de una botella de agua mineral es desproporcionado. No nos importa. Es un sitio precioso.

—Está bien —comento como si nada.

Retomo la mejor de mis versiones, la profesional.

—¿Qué quieres que escriba por ti? —pregunto.

Vacila un poco, rasga con sus uñas algo insignificante y pegajoso adherido a la mesa.

—Una carta de amor. Te dedicas a eso, ¿no?

Asiento. Soy camarera, pero en mis ratos libres me dedico a escribir cartas de amor por encargo. A buen precio. Tengo un logotipo y todo.

—Necesito algunos datos: ¿Es hombre o mujer? ¿Cómo os conocisteis? ¿Qué sientes? ¿Qué quieres decirle?

Al principio sus mejillas se tiñen de color arrebol. Mi clienta no sabe lo que quiere, es como un volcán adormecido que quiere estallar en cualquier momento.

—Es... una mujer. Espero que eso no suponga un problema —dice rápidamente.

—En absoluto. Sigue. Cuéntame más —le ruego y tomo mi bloc de notas.

Ella sonrío despacio, y describe apasionadamente lo que siente, vulnerable, abandonándose a lo irremediable. Yo no paro de escribir, y la miro de soslayo, sin poder resistirme a su belleza nostálgica.

Querida desconocida:

Yo quiero llamarte Verónica o Sara o Dolores. No sé. Quiero llamarte alguna vez y que te gires, que me mires directamente y no digas absolutamente nada. No quiero perder el tiempo en darte explicaciones. Quiero que, al vernos, podamos reconocernos.

—Mi clienta sostiene su copa y la hace bailar un poco, antes de beber. Tiene los ojos grises.

—Soy consciente del riesgo que tomo, no la conozco de nada, puede que después me decepcione completamente. Lo sé. Pero no puedo evitarlo — explica tranquilamente—. Suele pasar todos los días por delante de la librería en la que trabajo, a veces entra y compra algún libro, o se queda pensativa mientras acaricia los lomos de algunas obras.

Quiero que extiendas tus brazos hacia mí, como diciendo: vente conmigo. Y no decirte no. Quiero decirte sí, sí. No puedo prometerte que después de mirarnos un rato, no te dé un beso. No sé si sabré reprimir ese deseo que me crece en el estómago y se dispersa por mis entrañas, vísceras, piernas, dedos... tendrás que disculparme, pero si te acercas y ladeas un poco la cabeza, cubriré tu boca con la mía, suavemente hasta sentir tu agitación y desconcierto.

—Yo no he estado antes con mujeres. Probablemente lo haga todo mal, y ella descubra mi torpeza. Pero el amor me aúlla por las noches, y no consigo olvidarme del perfume que lleva, ni de sus gafas de sol, ni de ese gesto que hace cuando espera el autobús —confiesa—. Y utiliza unos vestidos preciosos, que imitan la inocencia de los años cincuenta. Yo quiero irme de compras con ella y hacer el amor en el probador, subiéndole el vestido.

—Mi clienta se sonroja, y se lleva la mano a la boca, arrepentida por lo que acaba de decir.

Quiero hacerte el amor todos los días. No importa dónde. Arañarte con las uñas tus vestidos, descoserte los botones, perder los papeles y decirte que te quiero. Que me persigas por las tres habitaciones de mi casa, gritando, pidiendo guerra. Que no nos importe que nos escuchen los vecinos. Que nos venza el romanticismo, sin caer en ñoñerías. Irnos de vacaciones en coche, como pequeñas road movies en julio.

—Ella es guapísima —me dice, mirando al cielo—. Me gusta. Me gusta mucho. No me ha gustado nadie tanto como ella, ¿sabes? Pero no soy

una de esas amantes pegajosas, blandas o celosas. A mí me gusta que vivamos al aire libre, nada de puertas ni ventanas cerradas, nada de escenitas ni de chantajes baratos.

Quiero abrirte de piernas y alma, y sentirme conectada a ti, comerme tus miedos, recorrerte con mi lengua en verano, lamerte las rodillas y besarte debajo del ombligo. Pero sin prisas. Sin condiciones.

—Una vez la seguí para saber a dónde iba. Qué vergüenza, menos mal que no se dio cuenta —comenta, sonriendo.

—¿Y a qué se dedica?

—No lo sé muy bien, creo que hace más cosas de la cuenta.

Quiero que nos dejemos respirar, que tengamos opiniones diferentes, que corramos a veces en sentido opuesto. Nunca dejar de ser dos delante del espejo.

—Tiene sus días, como todo el mundo. A veces parece muy fuerte, segura de sí misma, y otros días camina despacio, asustada, pequeña. Me dan ganas de abrazarla. Estoy enamorada de ella, puede que esté loca, estoy loca, seguro, nunca me he sentido tan expuesta, tan frágil. ¿Escuchas esta canción? Me encanta —dice de repente.

Mi clienta ama con el corazón a una completa desconocida, pienso, mientras escucho la canción. Había olvidado que estamos en una cafetería. Yo quiero que alguien me quiera así, sin red, sin miedo.

—¿Qué piensas del amor? —la interrogo, fingiendo no tener demasiado interés en su punto de vista.

—¿Del amor? Que es como una escena que tengo en la cabeza. Una habitación de paredes blancas, con una cama enorme en medio, y una ventana abierta. El mar, al otro lado. Y dos mujeres. Una de ellas lee sobre la colcha, y la otra la contempla distraída desde una silla, con las manos en el regazo, a veces coinciden mirándose. Tienen el gesto relajado, ¿sabes? Como si el simple hecho de tenerse fuera suficiente, como si no tuviesen miedos ni arrugas ni ansiedades por nada —susurra, turbada.

Su cabello rojizo le oculta, por un momento, la mitad de la cara. Es tan bonita, que dan ganas de decirle que todo irá bien.

Besarte en el cuello a las ocho y diez de la mañana, esperar juntas en la cola del cine, dejarme las llaves en tu mesita de noche... Puede que te quiera, es probable, necesito que lo sepas.

—¿Piensas darle la carta en persona?

—Sí, creo que sí.

Discutimos un momento por pagar la cuenta, ella quiere invitarme a toda costa. Nos despedimos en la puerta del hotel. Es tan atractiva con esa media sonrisa que me apetece decírselo, pero guardo silencio, tengo que ser profesional.

—¿Por qué has contratado mis servicios? ¿Alguien te habló de mí? — se me ocurre preguntarle, para prolongar el momento de separarnos.

—Sí, alguien me habló de ti —dice mientras se va.

No consigo dormir. Sofía, la joven que no sabe escribir una carta de amor, deambula impaciente en mi cabeza. Quiero saber si al día siguiente entregará la carta, quiero y necesito conocer, con urgencia, la reacción de la otra. Pero eso no forma parte de mi trabajo. Escribo y me olvido. Tengo que ser muy discreta, además.

No puedo dormir. Me meto en la ducha. Son las seis. Desayuno muy despacio, como a cámara lenta, para hacer tiempo. Tengo que ir a trabajar pero no entro hasta la una y media.

La mañana se me hace eterna, miro el reloj cada quince minutos, como si fuese a perder un avión. Salgo a las doce y atravieso la ciudad, flotando, como si pudiese levitar. Entonces sucede. En ese momento, veo a Sofía salir de una pequeña librería que hace esquina, una en la que entro de vez en cuando, siempre que tengo tiempo.

Sofía sale con movimientos serenos, parece una película en blanco y negro. Da la sensación de que suena una canción mientras sonrío con sus dientes blancos, y su pelo rojo como el corazón, sosteniendo una carta. Creo que nos reconocemos enseguida, tengo la certeza de que todo es, ahora, como tiene que ser. Y extendiendo los brazos.

**La chica de la bicicleta
que sabía hacer piruetas en el aire**

Si la señorita Parker hubiese prestado más atención al semáforo quizá podría haber evitado la catástrofe, pero para eso habría tenido que dormir un mínimo de seis horas.

La noche anterior había discutido con Charles acerca de sus planes para las vacaciones de verano, él insistía en llevarla a las Bahamas y ella llevaba soñando con un viaje a Europa desde que estudiara en la Universidad y conociera a un par de chicos italianos muy simpáticos que le hablaban del olor desagradable de los canales venecianos, el jolgorio de las plazas de Florencia o las playas de Génova.

—¡Nunca te pones en mi lugar, sabes que necesito descansar! ¿Qué hago yo en Europa? ¿Acompañarte a los museos, patearme las ciudades y llegar más cansado de lo que estaba antes de irme? —protestó mientras se cepillaba los dientes.

—No voy a discutir, Charles. Estoy cansada, es tarde, lo hablaremos en otro momento —comentó ella con desgana, tapándose con la colcha hasta las orejas.

Él terminó de enjuagarse la boca, se sonrió un par de veces al espejo y se metió en la cama.

—Sí, mejor vamos a dormir que mañana conocerás a toda mi familia y quiero que vean lo guapísima que eres, sin ojeras, claro—dijo en tono conciliador.

Pero la señorita Parker no pudo entregarse al sueño porque de algún modo se sentía disgustada y molesta. ¿Por qué era tan difícil que se entendieran?

Bajo estas condiciones no pudo hacer otra cosa a la mañana siguiente que saltarse el semáforo, pensativa. Llevaba el pelo recogido y aquel vestido estampado que le sentaba tan bien, pero con esos tacones no pisó lo suficientemente bien el freno cuando una joven en bicicleta se cruzó en su camino.

—¡Joder! —exclamó cuando fue consciente de lo que acaba de suceder.

El cuerpo de aquella mujer salió disparado por los aires ejecutando una pirueta circular casi perfecta, su cabello rubio y ondulado sobrevoló por encima de algunas cabezas curiosas que se giraron para contemplar el accidente con gesto de estupor.

La señorita Parker bajó del coche sollozando y corrió a atender a la chica más guapa que había visto nunca. Aquella criatura yacía indefensa sobre el asfalto, pero estaba consciente.

—¿Estás bien? No te muevas. ¿Estás bien? ¿Puedes escucharme?

La joven pestañeó lentamente y entonces susurró algo casi ininteligible como:

—Estoy bien, pero me has pegado un buen susto.

Al cabo de dos horas y veinticinco minutos, la señorita Parker y Rita, así es como se llamaba la chica de la bicicleta, charlaban animadamente mientras esperaban los resultados de unas radiografías.

—¿Rita?

—Eso te he dicho, sí —había respondido antes de darle un buen sorbo a su refresco de cola.

La sala de espera de un hospital no era en absoluto el mejor escenario para mantener una conversación, pero no importaba, las dos parecían estar a muchísimos kilómetros de allí.

—Lo siento muchísimo.

—Eso ya me lo has dicho.

—Por cierto, no he podido avisar a nadie y quizá me estén esperando.

La mirada de Rita se oscureció levemente.

—¿Dónde ibas?

—De visita —respondió mirando la pantalla de su teléfono móvil.

—Yo he avisado a mi hermano mayor para que venga a buscarme.

—¿Podría haberte llevado yo! Es lo menos que podía hacer por ti.

—Pero te están esperando de todas formas —dijo Rita un poco irritada ante la inminente despedida.

La señorita Parker hizo un gesto como diciendo: *Llevas razón, pero igual te podría haber llevado, total tampoco me interesa tanto acudir a esa cita.*

La joven de la bicicleta sacudió su cabeza y justo entonces se miraron en silencio. ¿Qué estaba pasando? ¿Acaso el accidente las había hechizado extrañamente hasta el punto de sentir y actuar como no lo habrían hecho en otras circunstancias? ¿Pueden dos personas absolutamente desconocidas sufrir una metamorfosis emocional y llegar a enamorarse en menos de tres horas?

Rita se olvidó del dolor que sentía a causa del accidente y se acercó

para besarla. La señorita Parker se sintió desconcertada, pero quiso devolverle el beso tímidamente, quizá porque eran los labios más suaves que había probado.

Si Rita no se hubiese atrevido a besarla, la señorita Parker habría podido ver que Charles entraba en ese momento por la puerta de la sala de espera con cara de preocupación.

—¿Qué haces aquí?

Ambas quedaron desconcertadas sin saber qué decir. La señorita Parker miraba a su novio una y otra vez. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Las habría visto su prometido o quizá desde esa prudente distancia habría pensado que estaban sencillamente hablándose en voz baja?

Rita se levantó y emitió un suave lamento, tenía fuertes dolores en el cuello.

—Este es mi hermano —le indicó a su amiga.

En unos minutos se había resuelto el misterio. Charles no parecía enfadado, de modo que ambas siguieron actuando como si no hubiera pasado nada, y mientras él hablaba con los médicos y luego las llevaba a casa, la señorita Parker y la joven Rita se mantuvieron en silencio, tratando de asimilar que ambas pasarían a formar parte de la misma familia.

En menos de seis meses la señorita Parker pensaba convertirse, sin ninguna emoción en la mirada cuando daba esta noticia, en la esposa de Charles, pero lo que aún no sabían ninguno de los tres implicados, era que el accidente de Rita había provocado un cataclismo mucho mayor de lo que parecía a simple vista.

A la señorita Parker le había gustado aquel beso. A Rita también. Y Charles tendría que aceptarlo, a su ritmo claro, porque hay determinadas emociones imparables, que atropellan cuanto encuentran a su paso.

El *amor* hablado

—No sé si esto está bien —dice la letra Times New Roman con voz rota.

—*Yo creo que hacemos lo correcto cuando seguimos la dirección que marcan nuestros sentimientos* —le responde la cursiva sin mirarla.

—Yo no estoy tan segura, dejarlo todo por ti, quedando al juicio de todos... No sé... No sé si soy capaz de arriesgar tanto —susurra.

—*Siempre tan calculadora. ¿Qué vas a hacer? ¿Vivir como ellos elijan por ti?* —la cursiva siempre sabe dar dónde hiere.

—No he dicho eso. ¿Y si lo nuestro no sale bien? ¿Y si nos arrepentimos de todo esto? ¿Y si pierdo mi trabajo? —Times New Roman balbucea angustiada.

—*Tu y yo tenemos la misma perspectiva del amor, quiero apoyarte en todos esos proyectos que tienes ahí almacenados y dormir abrazada a tus letras, sabes que esto que sentimos, que esto que experimentamos es único, que no se repetirá fácilmente. Y... si pierdes tu empleo en ese periódico de segunda categoría con ideas derechistas conseguirás otra cosa más interesante* —asegura con vehemencia.

—Eres tan apasionada, todo lo contemplas con una efervescencia excesiva. Eres el exceso hecho letra, toda amor y toda sueño —y lo dice con cariño.

—*Es normal que albergues miedos. Nos educan para creer que el amor es sacrificio y que se tilda de imposiciones y celos. Pero tú y yo sabemos que el amor es otra cosa. Que nos hacemos felices y libres, que construimos versos cuando nos miramos en un mismo texto* —afirma romántica y comete una o dos faltas ortográficas.

—No llores —le pide Times New Roman. —Te quiero —añade.

—*De acuerdo. —La letra cursiva deja de llorar—. Pero dímelo en mayúsculas que no te oigo.*

—**TE QUIERO** —le declara apasionadamente en negrita.

Se alquila

Esta mañana he visto un camión de mudanzas. Hermanos García. Yo regaba las plantas y sin querer derramé unas gotas, saqué la cabeza por el balcón y pude verlas. Sí. Eran dos chicas dando instrucciones a los tipos del camión de la mudanza. Una de ellas hablaba con un exquisito acento catalán burgués y decía algo así como:

—Por favor, ¿puede subir antes la mesa del comedor? Sí, esa misma, es una herencia familiar; tenga cuidado, se lo ruego.

La otra parecía sesear, tenía esa alegría en los ojos que sostienen algunas andaluzas y no paraba de reírse, pero también se quedaba muy seria cuando su amiga se giraba y le pedía que cesara.

—Para, mujer, que nos van a tomar por tontas y quiero que suban todo esto lo antes posible —le rogaba.

—Vale, vale. Ya no me río —se burlaba la otra.

Después han ido descargando el camión. Una lámpara de pie. Dos alfombras. Tres estanterías. Un cabecero. Cajas idénticas, en algunas rezaba: muy frágil.

Pensé que a lo mejor en esas cajas iban sus corazones. Digo yo que cuando alguien se muda tiene que llevarse el corazón o dejarlo en alguna de las habitaciones vacías de la casa anterior. Porque siempre venimos de otro sitio.

Los tipos iban dejando todos los muebles y las cajas esparcidas sobre la acera. Afortunadamente, había sitio para que los viandantes pasasen sin tropezar con la vajilla de porcelana o con el baúl de sombreros de alguna de las dos jóvenes. En un momento dado, sacaron un enorme sofá de piel marrón y las amigas decidieron sentarse mientras los hombres rudos subían todas las pertenencias.

Hablaban entre ellas como si ya estuviesen instaladas en casa. No les importaba nada más.

—Ya veremos —dijo una, supongo que ante una propuesta de la otra.

—A mí me haría ilusión.

—Bueno, está bien —respondió, acercándose para besarle la mejilla.

Las dejé con su conversación de sofá y salí a las escaleras. Las chicas se mudaban al piso de al lado, claro, era el único que estaba libre en el edificio. Aún no habían quitado el cartel de *Se alquila*. La puerta estaba abierta, el sol inundaba las estancias, las persianas levantadas. Pensé que iban

a ser muy felices allí, porque mis antiguos vecinos lo fueron. Los que vivieron ahí unos veinte años. Qué contentos se les veía siempre, eran de esas parejas que daba los buenos días y te sostenía la puerta para dejarte pasar.

Y ahora ellas. Tan bonitas e ilusionadas que daba envidia mirarlas. Volví a casa y cerré la puerta. Llevé la regadera al lavadero, coloqué las plantas para que les diera el sol y saqué el pollo del horno para que reposara un poco.

Sentí que las nuevas inquilinas se reían y las espí por la mirilla poniéndome de puntillas. Eran muy guapas, yo diría que mucho más atractivas que la pareja anterior. Y no dejaban de hacer tonterías, se empujaban, bromeaban al oído y cuando uno de los tipos de la mudanza les hacía alguna pregunta como *¿Dónde les dejo esta caja?* o *¿Qué desean que haga con esto?* ellas echaban la cabeza hacia atrás y se reían a carcajadas como si todo llevase un componente cómico irresistible.

En un momento dado, una de ellas bajó por las escaleras para ayudar con unas piezas de cerámica envueltas en papel celofán porque no se fiaba demasiado, y la otra empezó a gritarle desde arriba.

—¡Eduerne! Tengo tu móvil aquí y está sonando.

—Pero, ¿quién es? —chillaba la otra desde el portal.

—Pues no sé. Tu madre, creo.

—Bueno, ¡ahora subo! O no, mejor la llamo después.

—¡Como quieras!

Me gustó saber que una de ellas se llamaba Eduerne. Qué nombre más interesante. Mis vecinos anteriores también tenían nombres muy atractivos. Aurora y Orlando. Ambos comenzaban y terminaban por las mismas letras. Al principio me costó asumir tanta felicidad habitando los espacios contiguos a mi casa, porque tuvieron muchos hijos, muchos, no recuerdo cuántos, y todos gritaban de alegría fueran las cuatro de la tarde o las diez de la noche. No había relojes para ellos, solo amor.

Volví a abrir mi puerta. Me apetecía saludar a mis vecinas, tan despampanantes y risueñas. Una de ellas estaba subiendo sus delicadas esculturas de cerámica por el ascensor y la otra me daba la espalda. La observé desde atrás, sentí una deliciosa satisfacción porque aquella situación la dejaba vulnerable.

—¡Me ha asustado! —dijo sonriendo, mirándome esta vez a los ojos —. Buenas tardes, soy Alicia —y estiró su mano.

—Hola, discúlpame, soy la vecina de al lado. Vivo ahí —indicó.

Ella desvió su mirada hacia mi puerta como si quisiera confirmar algo absurdo, y luego volvió a mí.

En ese momento su amiga terminó de subir las escaleras y se acercó a nosotras.

—¿Le estamos molestando mucho con tanto trajín? —me preguntó mientras se atusaba un poco el pelo.

—Ah no, no, en absoluto y tutéame, por favor —respondí amablemente, hechizada por aquellos ojos grises, redondos y perfectos.

—Me llamo Edurne, por cierto.

Asentí con una media sonrisa de cortesía.

Se parecía tanto a una de mis nietas que me dieron ganas de abrazarla. Qué de tiempo sin ver a mis hijos y a los hijos de mis hijos. Por lo menos siete años. Edurne tendría la edad de mi querida Abigail. Estaba segura.

Intercambiamos brevemente impresiones sobre el edificio y la buena zona en la que estaba. Ambas confesaron que estaban agotadas y que por fin aquella mudanza había finalizado.

—Nos quedan un par de cajas, ¡menos mal!

—Hice pollo al horno. Si os apetece...

Las dos asintieron.

—Genial, estamos hambrientas.

Entré en casa, cogí mi pollo y le puse algo de papel de aluminio por encima. Seguro que les gustaba, yo tenía buena mano en la cocina. Me enseñó mi abuela a cocinar cuando tenía nueve años y tuve que hacerme cargo de mis hermanos pequeños. Porque antes las mujeres aprendíamos todo eso desde muy jóvenes. Ahora no, las cosas han cambiado tanto que una no sabe a qué atenerse.

—Siéntese —me propuso Alicia nada más atravesar el umbral de la puerta—. Disculpa todo el desorden. Al menos la mesa y las sillas están colocadas.

—¿Guarnición? —le pregunté a Edurne tratando de resultar afable.

—Sí, gracias —afirmó buscando la mirada cómplice de su amiga. Alicia le sonrió tímidamente.

—Este edificio es muy seguro y los vecinos cuidamos mucho los unos de los otros, vais a ser muy felices—les comenté.

Cogí el cuchillo, Edurne lo miró con curiosidad. Alicia seguía sonriendo.

—Sí, nos encantó el piso nada más verlo. Estamos muy ilusionadas.

—Los Sotomayor también lo disfrutaron durante su estancia aquí. Y sus hijos también, esos mocosos que no dejaban de hacer ruido—. Inserté el cuchillo en el pollo, atinando en el centro del lomo. Me gustó sentir el frío acero hundiéndose en esa piel muerta. —Unos chicos encantadores.

—Bueno, nosotras no tenemos hijos, pero esperamos tenerlos algún día —me informó Edurne, la más dulce, buscando la mano de su amiga, que acarició con ternura indisimulada.

—¿Tenéis novio alguna? Es importante encontrar un buen marido para la crianza —les comenté, no por nada, sino porque estas chicas de ahora son un poco casquivanas—. De lo contrario te salen criaturas como las de los Martínez. Unos chicos adorables, esos Sotomayor.

—Bueno —Alicia echó el cuerpo hacia delante. La sentí inquieta, no sé si debido a que acababa de conocerla o al cuchillo con el que estaba desmembrando el pollo en pequeños trocitos. El sonido de un hueso al romperse era música para mis oídos—, en realidad creo que Edurne se refiere a un hijo entre las dos. Verás, es que somos pareja.

¿Pareja?

Aquella palabra retumbó en mi cabeza unas seis o siete veces. El pollo seguía en la mesa, abierto y vulnerable, rendido a nuestro apetito. Saqué el cuchillo y las miré. Parecían asustadas, yo creo que habrían saltado por la terraza si en ese momento hubiese estado abierta.

—No voy a comerme a nadie —traté de tranquilizarlas—. Bueno a este sí —dije señalando al pobre animal.

Ninguna de las dos esbozó una simple sonrisa. Nada. La verdad es que visto así, parecía una desalmada con un arma en mi mano con dos criaturas indefensas sentadas a la mesa.

—Lo siento, señora, únicamente hay cubiertos de plástico, no pensábamos almorzar de esta manera ni tener invitados —comentó Alicia tratando de suavizar la extraña tensión generada por mí.

Sentí una urgente necesidad de llorar, al verlas frente a mí, tan inocentes, tan felices como una postal.

—¿Está llorando? ¿Qué le pasa?

Edurne se acercó dubitativa y preocupada.

—No es nada —empecé a decir sentándome en el sillón—. Habéis pensado que vuestra relación podía ofenderme pero es todo lo contrario, no sé

cómo explicarlo. Tengo una fotografía en casa, está sobre la mesita de café que tengo junto al sofá. Otro día venís a verla. Es una foto corriente, bueno, está incluso desenfocada. Pero es la única que tengo. En ella se puede ver un automóvil rojo aparcado en el arcén, bueno sé que es rojo porque estuve allí, la imagen es en blanco y negro, detrás un campo de girasoles mustios porque era verano. Si agudizas la vista puedes ver un perro levantando su pata y orinándose en un árbol que hay junto al coche. No es un perro cualquiera, era mi perro. También salgo yo, apoyada en el coche con un pañuelo en la cabeza, y la que hizo la foto era Laura —digo como avergonzada—. Éramos como vosotras, bueno, no sé explicarlo de otra manera. Estábamos juntas, pero no éramos tan valientes, o simplemente las cosas eran diferentes, así que nuestra relación no duró más que un verano y después nos casamos con nuestros respectivos pretendientes.

Y me eché a llorar. Ellas se levantaron inmediatamente tratando de consolarme, nos abrazamos las tres como si acabáramos de ganar una guerra.

Al final nos comimos el pollo frío, pero mantuvimos una conversación relajada y amable, daba gusto y envidia verlas.

Sobre las seis decidí irme a casa, nos dimos un abrazo de despedida, seguían conmocionadas por mi historia. Menuda capacidad de improvisación tenía, estaban completamente convencidas de que era homosexual o como se diga. Miré las paredes, no había ni rastro de la sangre de los Martínez, y aquellos gritos ahogados habían desaparecido. Ellos se creyeron otra historia, me dejaron entrar y formar parte de su felicidad porque soy muy buena inventando cosas. Malditos mocosos felices.

Es que siempre lo he dicho, yo debía haber sido escritora o actriz, o las dos cosas.

Cuando no supe decirte nada porque te ibas

—Me da igual, quiero ir a trabajar.

—No. No deberías.

Miré a mi hermana fijamente a los ojos. Necesitaba ir a la oficina. No era cuestión de obedecer o no a la cordura, es que tenía que cruzarme con Alice sí o sí.

Necesitaba verla, decirle *buenos días* o *¿quieres un café?*, esto último solo podía preguntárselo si coincidíamos en la máquina de las bebidas calientes que había al fondo del pasillo de la tercera planta.

La semana anterior habíamos sufrido una ola de frío por todo el país, que había dejado algunas nevadas, y pese a los guantes y la bufanda, había cogido frío en la parada del autobús, así que la consecuencia era este constipado que me había regalado fiebres altas durante todo el fin de semana.

No había podido asistir al cumpleaños de mi amiga Therese ni mucho menos atender a las llamadas de teléfono de mi madre, que cada vez que enfermaba se preocupaba excesivamente como si un dolor de estómago o un simple resfriado pudiesen acabar con mi vida de un momento a otro.

Odiaba los domingos y aquel había sido uno muy largo, tedioso. Me dirigí a la cocina y me tomé el jarabe para la tos.

—Tiene que tomarlo tres veces al día, e ibuprofeno en el desayuno y la cena —había aconsejado el doctor Smith.

Mi hermana y yo vivíamos en un séptimo piso con vistas a Central Park. Habíamos conseguido una ganga gracias a las influencias de nuestro difunto padre, que había sido uno de los mejores cirujanos de la ciudad y sus antiguos pacientes seguían guardándole un enorme cariño.

De todos modos, solo constaba de un par de habitaciones pequeñas y una sala cuadrada con una cocina de gas incorporada. La decoración era escasa pero agradable, y teníamos luz natural a casi todas horas. A mí personalmente me gustaba el sofá de piel en el que podía quedarme dormida todas las noches mientras leía.

—¿Vas a acostarte? ¿De verdad piensas ir mañana? —preguntó Claire antes de cerrar la puerta de su dormitorio.

—Sí, he tomado las medicinas y me voy a dormir, tengo sueño —y para su tranquilidad añadí—. Y no, no voy a ir mañana a la oficina, voy a mandarle un mensaje a Robert para decirle que me quedo en casa.

Mi hermana asintió amablemente y se encerró en su alcoba, como

hacía siempre desde que su novio Pierre se marchó Estados Unidos y se había marchado a su tierra natal, Francia, para hacerse cargo de un negocio familiar. Desde aquella despedida amarga en el aeropuerto, Claire y Pierre se amaban a través de videoconferencias, supongo que añoraban los besos y el contacto, pero no tenían más opciones por el momento.

Me quedé profundamente dormida a los pocos minutos de tumbarme sobre mi cama. No recuerdo si soñé o simplemente bucéé por estados de inconsciencia, pero cuando dieron las seis y media de la mañana, abrí los ojos por la costumbre y pensé en Alice, en sus mejillas pecosas y sus gafas azules, en ese gesto suyo que hace cuando está indecisa sobre decir algo o no hacerlo, en sus manos sujetándose el vestido, su mirada verde recorriéndome despacio en el ascensor o al final de la escalera.

Y aquella vez que la vi llorar sentada en el coche cuando bajé al aparcamiento el día de Navidad para irme a casa. No le pregunté por qué lo hacía, ni siquiera quise acercarme a la ventanilla, a mí no me gusta que me observen cuando lloro. Sus hombros se movían agitados y tenía la cara enterrada entre sus manos. La vigilé desde el otro extremo del recinto, preocupada, hasta que se calmó y arrancó el coche. Salió de allí muy despacio como si no quisiera llegar a ningún sitio esa noche.

Alice y yo no hablábamos mucho pero casi todos los días su mirada se posaba en la mía y la manteníamos ahí unos minutos.

Miré el reloj. Las siete menos cinco. Alice estaría eligiendo su vestimenta con el armario abierto y su gato lamiéndose las patas sobre la cama. Después se maquillaría un poco, sobre todo los labios y saldría apresuradamente del apartamento hasta llegar a la calle. No saludaría a nadie porque estaría de mal humor, Alice no funciona hasta tomarse dos buenas tazas de café, pero estoy segura de que sonreiría cuando se cruzase con alguno de sus vecinos del barrio que paseaban a sus perros a esas horas. Le encantaban los animales. En general a Alice le resultaban entrañables los gatos y los perros, incluso los niños, pero no soportaba a los pájaros. Una vez tuvimos que salir las dos de la oficina para comprar algunas bandejas de pasteles por el cumpleaños de Robert, nuestro jefe, y al cruzar por un pequeño parque circular, se agarró a mi brazo cuando unas palomas sobrevolaron nuestras cabezas.

—¿Te dan miedo?

—Un poco sí.

Creo que Alice se duchaba nada más levantarse, porque siempre olía a jabón cuando llegaba al despacho, y a veces traía el pelo ligeramente humedecido.

Antes de entrar, se paraba en un cafetería que había en la esquina y pedía café solo y un dulce casero, no toleraba bien la bollería industrial, así que siempre preguntaba si las magdalenas eran artesanales o no. El camarero la miraba embelesado, yo le comprendo, ¿cómo se puede hacer de otra manera?

Desayunaba junto a una ventana enorme y rectangular, mientras leía un periódico o una de esas novelas que devoraba con velocidad, pues rara vez le duraba el mismo libro una semana. Yo creo que tan temprano no era capaz de leer con atención lo que tenía en sus manos, y no se quitaba nunca esas gafas de sol a pesar de estar en el interior de un establecimiento. A lo mejor en vez de leer cerraba los ojos y fingía no hacerlo.

No. Yo creo que Alice nunca ha sabido fingir. Todo lo contrario, dice lo que tenga que decir con la mirada si no se atreve a hacer un comentario o una declaración de intenciones.

Volví a comprobar el reloj mientras me preparaba un té muy caliente y las pastillas. Me dolía la cabeza pero no tenía fiebre.

Mi hermana no había recogido su taza ni su plato. Nada, ella siempre iba tarde a todas partes.

A esas horas, Alice estaría entrando por la puerta principal del edificio y quizá me buscaría subrepticamente con la vista, sintiendo una leve decepción al no encontrarme, o eso quería imaginar yo.

Estoy aquí, Alice, pensando un poco en ti, le diría.

Iría en ascensor hasta el tercer piso y se metería en su despacho, encendería el ordenador y se entretendría un rato con su fondo de pantalla, esa en la que sale una obra de Erika Kuhn de una chica abriendo mucho la boca con cientos de pájaros saliendo del fondo de su garganta. Esa misma, aunque no le gusten los pájaros. Y después, leería algunos de sus correos. Su bandeja de entrada estaría llena, como siempre, con una docena de nombres y apellidos sin asunto en sus mensajes. Y ella deslizaría sin prisas el dedo sobre el ratón, sin ningún interés por nada en particular.

Entonces vería mi nombre en esa lista.

Fiona Connelly.

Abriría un poco sus ojos, sorprendida quizá. O trataría de recordar

exactamente de qué le sonaba mi nombre. Somos muchos en la oficina, tal vez ni siquiera se acordaría del día que bajamos juntas a comprar pasteles para el jefe.

Ah, ya, es esa chica con la que me cruzo todos los días y con la que he hablado algunas veces, sí.

Se acordaría de mi pelo, una vez dijo en su despacho que le encanta por caerme por la espalda como una manada de animales salvajes. A mí aquel comentario me hizo mucha gracia.

Salvajes. Como los besos que le daría si llevásemos dos o tres meses juntas y tuviésemos un poco de confianza. Porque al principio mi forma de besar sería tímida y torpe, hasta explorar lo suficiente y atreverme a girar mi lengua en su boca muchas veces.

Fiona Connelly.

A lo mejor ni siquiera le recordaba a alguien y lo borraba o lo leía en unas horas, cuando llevase dos o tres o más tazas de café.

Te quiero, es absurdo y extraño, pero es así. Tienes un beso en esos labios, tienes muchos besos, y no puedo seguir haciendo como que no.

—Alice, tenemos una reunión—le informaría probablemente Robert, justo en ese momento en el que ella estaba asumiendo una información como la que acabo de darle.

—Voy enseguida.

A lo mejor se levantaría enfurecida, no, ella no es de las que se enfadan por cosas así. Quizá si me tuviese enfrente se mordería una de sus uñas inmaculadas y me diría:

—Mira, Fiona, cariño. A mí me van los divorciados, o los hombres fracasados, los que se acaban de gastar toda la fortuna que tenían, los que follan mal y pronto y me dejan con las ganas, los tipos que no saben nunca lo que quieren, los que duermen con sus mujeres y tienen dos o tres hijos desatendidos, los imbéciles vamos, para que me entiendas. No es por nada, pero eres demasiado buena para mí, mírate, eres preciosa y educada, pareces sacada de una revista. No podría quererte.

Si dijera eso, me rompería el corazón.

Miro el reloj del móvil y tengo dos llamadas perdidas y un mensaje.

Las dos llamadas son de la oficina y el mensaje dice:

Dúchate, o vístete o haz lo que tengas que hacer. Le he pedido a

Robert un par de horas y de paso que me anote tu dirección en un trozo de papel. Estoy llegando.

Alice.

Y pensé en la última vez que la había visto el viernes, en su boca abriéndose un poco para hacer una pompa con un chicle mientras me decía:

—Que pases un buen fin de semana.

El sofá rojo

Seguí a la mujer de la bufanda, a las cinco de la mañana. Porque, aunque no la conocía, debía de tener un propósito para caminar a esas horas. Y a mí me intrigaban los propósitos.

Llevaba un zapato de tacón colgando de su mano derecha, y el otro puesto. Su estilizada silueta coja, imperfecta, torcida hacia la izquierda. Ella no buscaba un taxi, entonces, ¿qué buscaba?

Dirigió su mirada hacia ambos lados, cuando cruzó la calzada, aún sabiendo que no vendría nadie, porque a esas horas, un martes cualquiera, la ciudad dormita acurrucada, y no corren los automóviles por sus arterias.

La mujer de la bufanda atravesó por el paso de cebra, sin pisar las líneas blancas. Y pensé que era meticulosa, de esas personas que ordenan sus libros por el tono de los lomos, y que revisan sus exámenes tres veces antes de entregarlo. O a lo mejor me equivocaba, y solo era supersticiosa.

Hice lo mismo que ella. Seguí sus huellas, reconozco que pisé la tercera línea blanca por el borde, pero es que las cuatro copas que había tomado no perdonaban.

Ella paró su paso un instante, el corazón bailaba *funky* en mi boca, podría girarse y descubrirme. Pero no lo hizo. Se agarró el cabello con una gomilla muy fina que antes llevaba en la muñeca, se las ingenió para hacerse el moño más sensual que yo había visto.

Llegamos a una inhóspita zona del extrarradio, allí también dormían los grillos. Estaba excitada por saber su destino. Pero ella andaba confundida, como quien acaba de aterrizar en una cloaca en la que nunca estuvo.

Vio ella, y vi yo, al mismo tiempo, un sofá rojo y desvencijado, posado sobre una acera. Como un cadáver abandonado, lleno de ausencias, de traseros que no reposan sobre su esqueleto, de huecos y de espacios.

La mujer de la bufanda se sentó sobre él, se inclinó hacia delante y metió su mano por debajo del sofá. Sacó un libro, que empezó a leer, y un paraguas, que colocó a su lado.

¿Eso era todo?

Entonces, vimos un relámpago que anunciaba chubascos. Ella abrió su paraguas de lunares, y esperó a la lluvia.

No cayeron gotas de agua, sino letras, letras de diferentes tamaños y colores, formando charcos. Algunas iban en mayúsculas, otras con acentos... Traté de concentrarme en la mujer de la bufanda, que contemplaba la escena

sin inquietud, sin emoción, con ojos rajados de tristeza, escocidos de limón, y el rímel tiritando.

A mí me pareció hermosa. Como las noches limpias y azules. Y triste, como la ternura agredida. Probablemente, tenga el alma comida de cardenales. Pero nada le restaba belleza.

Cesó la lluvia. Y ella esperó unos segundos, contó hasta veinte y guardó el paraguas y el libro debajo del vencido tresillo. Se levantó para recolectar algunas letras, después formuló palabras en la acera, que yo no alcanzaba a ver.

Vino un coche a recogerla, no sé si el conductor la besó en la mejilla o en la boca, ni sé si era su padre o su marido. Sólo sé que se esfumó, la mujer de la bufanda, no sé por qué la llamé así, porque bufanda no llevaba.

Mi curiosidad estalló, dando golpecitos en mis talones y avancé hasta sus palabras.

Encontré en el suelo siete formas de nombrar al amor, en siete idiomas distintos. Las guardé en mis bolsillos con cariño, y me tumbé en el sofá, ocupando el sitio de ella, reemplazando por completo su presencia. Pensé en la rapidez con la que una persona sustituye a otra, ahora que sabía que Chloe me había dejado por algo más que una falta de comunicación.

—Es que tú y yo somos incompatibles —había sentenciado como si eso borrara de un plumazo todo lo demás.

Mentira.

Aquella noche, antes de seguir a la preciosa desconocida, mis amigos me habían dicho:

—¿No te has enterado? Chloe está viviendo con Susan. Pensé que seguíais siendo buenas amigas y te lo habría contado.

Negué con la cabeza. Habían pasado seis semanas desde que ella terminase nuestra relación entre sollozos. Bueno, en el fondo deseaba que fuese realmente feliz.

Aquel sofá era realmente confortable, daban ganas de cerrar los ojos y esperar a que la mujer de la bufanda volviese para despertarme con uno de esos besos de princesa a princesa. Me quedé varias horas así, esperando, convencida de que volvería para recitarme la palabra amor en siete idiomas diferentes o para que se la recitara yo. Pero siete horas después la mujer de la bufanda todavía no había hecho acto de presencia, ni sucedió nada extraordinario. Entonces pensé que no, que aunque yo ocupara aquel sillón,

hiciera los mismos gestos o me sentara igual que la mujer de la bufanda con las manos en el regazo, no sería ella. Nadie sustituye realmente a otra persona. Nadie había sustituido todavía a Chlöe. Quizá nadie lo haría en mucho tiempo. Pero qué más daba. Me levanté y di el primer paso, alejándome de aquel sofá rojo en el que ocurrían acontecimientos fascinantes, con la certeza de que no volvería jamás a él, que lo olvidaría, como tendría que olvidar a Chlöe. Ahora sí, ahora ya quedaba menos.

De mí, cuando nosotras

La última noche que pasamos juntas no había nada en la televisión que mereciese la pena. Bueno, tú dijiste que quizá ese programa en el que los participantes tenían que demostrar algún tipo de habilidad excepcional con el que nos reíamos tanto.

Me pasé un buen rato pensando si sería doloroso o no ver aquello contigo, pero finalmente emitieron un partido de fútbol y no hubo nada que hacer.

—Pedimos una pizza si quieres —propusiste.

—No. Prepararé una ensalada.

No quise mirarte entonces y me metí en la cocina. Estoy segura de que te sentaste en el sofá ligeramente decepcionada y te miraste las uñas, un poco sin saber qué otra cosa decir.

Sonó el teléfono. Mi madre estaba preocupada y no podía culparla. Todos sabían que te irías de casa al día siguiente, tras unos meses aciagos y desconcertantes en los que ambas no pudimos resolver nuestras diferencias.

—Hola, mamá.

—Hola, cariño, ¿qué tal estás?

—Triste.

Pensé: hundida.

Silencio.

—Bueno, tranquila, eh. Esto pasará, y volverás a estar bien.

—No lo sé, pero gracias —respondí con voz queda.

Tenía ganas de llorar, de cortar la conversación, y de todo lo contrario, de que mi madre siguiese ahí, al otro lado, acompañándome. Llevaba una semana tratando de postergar las lágrimas para que no te pusieras más triste de lo que ya estabas. Suficiente con las tuyas. Quizá incluso fingí una frialdad postiza para alejarte de mí.

—A lo mejor, sencillamente, este no es vuestro momento —trató de consolarme.

—Mamá, no pasa nada. ¿Cómo está papá? —realmente me sentía incapacitada para continuar hablando de ello.

—Bien, haciendo la cena. Ahí está, con su copa de vino y canturreando no sé qué, ya sabes cómo es. Tiene ganas de verte —dijo—. Tenemos ganas de verte.

—Yo también —mentí, no quería ver a nadie—. Bueno, tengo que

dejarte, hablamos mañana.

—Vale, llámame si me necesitas —se ofreció como siempre—. Y dale un beso enorme a Charlotte —añadió indecisa.

—Sí. Buenas noches.

Colgamos.

Lavé unas hojas de lechuga y algunos tomates, pensé en el día en el que Charlotte y yo nos mudamos y tuvimos que almorzar en el suelo, sin mesa ni sillas. Te reías por todo, yo trataba de hacer cuentas para ir cuanto antes a comprar nuestro mobiliario. Aquel día hacía treinta y nueve grados, lo recuerdo porque señalaste con el dedo un termómetro que había en la rotonda que nos llevaba a ese nuevo hogar por estrenar.

—¿Quién era? ¿Tu madre? —preguntaste desde el marco de la puerta.

Asentí. No tenía ganas de hablar. Aquella ruptura había sido consensuada, pero era yo quien la había propuesto porque estaba convencida de que no podíamos hacer más por salvar una relación repleta de agujeros. El hecho de que nuestra separación fuese amistosa o de que hubiese sido yo la que necesitaba finalizarla, no me aliviaba en absoluto; aquella cuenta atrás, aquella despedida prolongada durante los últimos meses, me tenían exhausta.

—Me ha dado un beso para ti —comenté mientras cortaba en rodajas una manzana.

Sé que sonreíste con aflicción aunque no te miraba, como si empezaras a echar de menos a mi madre. Vuestra relación había sido muy cercana durante todos esos años, ya que tus padres eran más intransigentes con todas tus decisiones y con tu forma de vida, y además vivían a trescientos kilómetros.

Entraste en la cocina y me acariciaste la espalda, muy levemente como si no quisieras molestarme. Fue una caricia efímera, apenas perceptible, como un fantasma. Después abriste la despensa para coger brotes de soja y maíz dulce.

Habíamos estado así tantas veces, las dos preparando la cena. Esta vez guardábamos silencio, y se hacía extraño, esos ratos siempre habían sido casi lúdicos, yo contándote las anécdotas del día hasta que refunfuñabas como diciendo: *para de hablar que estás como una moto*. Y estallábamos de risa.

Sonó a lo lejos el maullido de un gato, seguro que se trataba del gato de nuestras vecinas que volvía a estar nervioso por quedarse solo en casa. Recordé las veces que me habías propuesto adoptar un animal entre las dos, o

incluso tener un hijo. *Que se parezca mucho a ti*, decías.

—Voy a poner la mesa —dijiste estirando mucho el brazo para tocar con tus dedos el dintel de la puerta.

—De acuerdo.

Aliñé la ensalada, llevé dos platos a la sala de estar.

Aquella noche no teníamos la excusa de mirar cualquier cosa en televisión, y tuvimos que cenar en silencio. Intentamos en vano iniciar alguna conversación superflua, no sé, como si no fueses a irte al día siguiente, como si esas maletas y cajas que nos rodeaban simplemente no estuviesen ahí.

Hubiese sido más fácil odiarnos, haberte sido infiel y que me hubieses gritado desde las escaleras *eres lo peor que me he encontrado, me largo*, mientras te lanzaba tus cosas por el balcón. Incluso hubiese sido divertido haber arrojado tus pertenencias de forma descuidada y que toda tu ropa interior quedase esparcida por la calle, y que un señor te hubiese ayudado a recogerlas mientras seguías diciendo: *menuda zorra es, la detesto*.

Pero nada de eso.

Tú y yo nos hemos tenido un enorme respeto desde el mismo día en el que nos conocimos en aquellas escaleras mecánicas de un centro comercial, ¿te acuerdas? Las dos subíamos a la segunda planta, ibas delante de mí y se te cayó una bolsa con tu nueva ropa interior escaleras abajo, qué risa. Tuve que ayudarte a recoger todo aquello.

El cariño y el respeto lo complican todo, al parecer.

Esa noche fue la más triste de todas. Te fuiste a dormir temprano después de recoger lo que quedaba de nuestra cena. Y yo salí a la terraza para regar las plantas.

—Hoy podríamos dormir en la misma cama, aunque sólo sea para despedirnos —me habías dicho justo antes de lavarte los dientes.

Me pareció bien. ¿Por qué no? Llevábamos dos semanas durmiendo separadas.

Cuando me metí en la cama con dosel que alguna vez compramos sin fijarnos en el precio, estabas profundamente dormida, pero aun así hiciste un movimiento involuntario e inocente y te abrazaste a mí.

A la mañana siguiente aún estabas en pijama cuando los hombres de la mudanza subieron a recoger tus cosas. Me miraste con dolor, como si hubieses esperado que yo dijera: *márchense, ella se queda*.

Me vestí a toda prisa para llegar al trabajo, no desayuné. Tú tampoco

habías desayunado.

—Abrázame.

Y te abracé sin mirarnos a los ojos.

Sabía que cuando volviese del trabajo no estarías, no vería nunca más ese bolso sobre la cómoda, ni tu gabardina encima del sofá, no tendría que pedirte que fueses más ordenada. Sabía que al cerrar la puerta para irme al trabajo quedarían en el rellano del edificio nuestras bromas, proyectos, hijos imaginarios, discusiones, besos, miedos, intentos y el *buenas noches, te quiero*.

Cogí la bicicleta. Pedaleé con rabia, lloré desconsoladamente en el semáforo en rojo, como lo hacen los niños perdidos.

Me acordé de todo, de absolutamente todos tus detalles, tu gesto de concentración cuando leías el periódico, tu lengua, tus incipientes y prematuras arrugas en la frente, tu perfume, la manía absurda de comprar compulsivamente toallas blancas, esa cara que pusiste cuando quise darte una sorpresa y llevarte a Venecia, el sabor de tu boca a jarabe de la tos cuando estabas enferma, la primera vez que nos desnudamos, tus uñas rojas, tu voz en la ducha tarareando, aquellos vaqueros ajustados que te sentaban tan bien, tus días nostálgicos en los que llegabas a quejarte por todo, tu manera sobreprotectora de abrazarme y besarme en la frente cuando le pedíamos a alguien que nos echara una foto, la única vez que te vi realmente enfadada porque perdimos un avión a Budapest a las doce de la noche.

Atravesé una avenida enorme, quería llegar al museo en el que trabajaba, quería llegar y ponerme a hacer cualquier cosa.

Yo sabía que si alguien me preguntase en ese momento: ¿Dónde vives? Tendría que hablarle de *mi* casa, *mis* estanterías, mis libros, *mi* calle, mis plantas, *mi* cama, que ya no habría un nuestro ni un nosotras ni un *¿Qué vamos a hacer estas vacaciones?*

Volví a parar en otro semáforo, los coches danzaban desordenadamente como si no tuvieran un propósito, un destino. Un padre con dos niños me miró interesado, y fui consciente de mi vestido, demasiado corto para ir en bicicleta. Cogí el móvil.

Tenía únicamente una llamada perdida de un amigo. Estaba mareada, debería haber tomado algo, por lo menos un café, lo que fuese. Aparqué la bicicleta junto a un bar que tenía mesas y sillas de plástico. Creo que en su interior había una máquina tragaperras porque podía escucharla.

Sabía que no volvería a encontrarme un mensaje tuyo diciendo: *Te quiero, ¿a qué hora llegas?*

Entonces revisé la agenda. Cecile. Martha. Ruth. Carmen. Papá. Hermanita. Mi jefe. Al final encontré Zoe, aquella mujer desconocida con la que había coincidido en la fiesta de cumpleaños de una amiga hacía apenas un mes, y decidí escribirle. Quise ponerle que si tomábamos un café, no sé, para entretenerme con alguien ajeno a mi ruptura, pero al final solo le dije:

¿Y si nos vamos tú y yo a Japón, o a China o a cualquier otro sitio que quede lo suficientemente lejos como para que no me encuentren?

Me arrepentí de haberlo hecho. Pero ella respondió enseguida:

¿Huyes de la policía? :-)

No. Pero ahora es el momento en el que me recomiendas visitar a algún psiquiatra.

¿Y si te digo que me parece una idea preciosa?

Sonríe e intuyo que ella sonríe. Las dos sabemos que no vamos a hacer ese viaje ¿pero qué importa?

¿Y si sencillamente te acuestas conmigo?

Vale.

Me siento bien, quiero convencerme de que voy a olvidarte pronto. Tomo una servilleta y vuelvo a acordarme de ti, de aquella vez que me escribiste en una: *¿Te quieres casar conmigo?*

Mierda.

NOTA DE LA AUTORA

Me alquilo para el 14 de febrero es un compendio de relatos que escribí a lo largo de los dos últimos años. Como una vez dije en mi blog, publicándolo me siento como si estuviera a punto de echar a volar. Tengo una novela al borde del precipicio y quiere saltar. A mí me asusta que se lance al vacío, aunque supongo que ese miedo es una emoción natural ante lo desconocido. Pero llevo tantas historias guardadas en mis bolsillos, en el fondo de mi garganta, en los zapatos... Están ahí. Viven y respiran casi de forma independiente. Me apetece dar a luz a todas ellas, si os parece bien.

Gracias por haberme acompañado en esta pequeña aventura, espero poder contar con vosotras/os en la siguiente.

Helena Lago